

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

I.

Verdaderamente si la historia no nos presentase como espectáculo diario la humanidad entregada á la diversion y al placer la víspera de la catástrofe, nada sería más tranquilizador que el aspecto que ha presentado la capital de España en estos dias. Fiestas, veladas, iluminaciones, certámenes, sesiones, conferencias, discursos, procesiones, monumentos, fuegos artificiales, retretas, cuantos recursos puede encontrar la imaginacion más poderosa para exhibir el público regocijo, todo ha sido puesto en juego para solemnizar el centenario de Calderon, que si en el cielo, donde piadosamente le suponemos, cabe el estar sujeto á sorpresas, no habrá debido de sorprenderse poco ante esta inesperada explosion de entusiasmo unánime, en estos tiempos y en ciertas y determinadas personas.

Somos, como el que más, amantes de las glorias de nuestra patria; estimamos á Calderon como á una de ellas; celebramos el noble afan de enaltecerlas, y más aún el de imitarlas, y no podemos reprimir el contento al ver que precisamente el nombre que el sentimiento público ha escogido como personificacion de nuestra grandeza intelectual en la historia, es el de Calderon, un Sacerdote, el autor de los *Autos sacramentales*, y de la *Devocion de la Cruz*, el poeta teológico por excelencia, el que mejor pudo escribir al frente de sus obras, como lema de su blason literario, los nombres de *Dios, Patria y Rey*, que constituian las fuentes de inspiracion, tanto poética como guerrera, en la *Edad de oro* de nuestra patria.

Pero ante todo somos amantes de la realidad, y la realidad no está conforme con estas supercherías. El entusiasmo improvisado por Calderon es un pretexto para divertirse, y todo lo más, un entusiasmo inconsciente. De entre los miles de personas que se han dado tanta fatiga para honrarle, de seguro no llegan á ciento los que se han tomado la molestia de leerle todo entero. Apenas tenemos una buena edicion de sus obras, ni un monumento artístico de importancia que le repre-

sente con grandeza. Gran parte de los que más han brillado en los festejos, abominaria de cuanto escribió si lo leyeran. Esto, por lo que hace á la parte ilustrada de la sociedad; que entre el vulgo apenas si se sabia quién era Calderon. «Este señor lo fué todo,» decia una pobre anciana á su auditorio recién venido de provincias, explicándoles el objeto de las funciones; «fué Sacérdote, poeta y miliciano nacional.» Un ciego heria más allá los oídos, gritando: «La vida de D. Pedro Calderon, autor de los Santos Sacramentos;» y no faltaron alcaldes que designaban á los concejales agrupados á su alrededor, alargando la «edilicia vara,» el personaje más majo del cortejo, diciéndoles: «Chicos, ese debe ser Calderon á la fuerza.»

De todos modos, á pesar de estos y otros inconvenientes que demuestran que no es el modo más propio de honrar á los ingenios estas fiestas, en que, al atronador estruendo de unos cuantos dias, sólo puede suceder el hastío de los restantes, debemos proclamar que, en su género, la fiesta fué lucida, grande el concurso, y excelente el espíritu en general.

Pero como el demonio no puede dejar de hacer de las suyas, sucedió lo que tenia que suceder: que la prensa radical, que no tiene más fines que los que la secta le indica, si bien no se atrevió al principio á dar el carácter de manifestacion revolucionaria á los festejos, porque se hubieran deshecho como el humo, limitándose á tímidas indicaciones sobre la venida de Victor Hugo y sobre la asistencia de la masonería, apenas acabó la funcion, quiso interpretarla en su provecho; y un periódico reclamó para el «pueblo», excluyendo de él á la Iglesia y á la nobleza, los honores de un centenario en que figuraron todas las clases, y que sin el auxilio de la Casa Real no hubiera podido llevarse á cabo; otro excluyó al dia siguiente á la Real Academia Española, suponiendo que nada habia hecho por Calderon, cuando, gracias á sus certámenes, se ha celebrado su nombre en todo el mundo, y su busto, maravillosamente troquelado en espléndidas medallas de oro, dará testimonio de la grandeza intelectual y moral que resplandecia en sus facciones á los artistas extranjeros; y otro, por fin, enseñando la oreja con más claridad, aseguró que al fin se habian iniciado ya las fiestas destinadas á reemplazar otra clase de ceremonias, que debian desaparecer.

No paró aquí la cosa, y es fama que en una visita hecha al Escorial hubo extranjero que, con tanto olvido de las leyes de la hospitalidad como de las enseñanzas de la historia, aprovechó la ocasion oportunísima de hallarse admirando el Escorial, acompañado de españoles, y con motivo del centenario de Calderon, para llamar en un brindis-discurso, al gran Felipe II, «el demonio del Mediodía,» mereciendo que otro extranjero, más enterado de la Historia de España y de la educacion de todas partes, se levantase á ponerle el debido correctivo, asegurando que la Historia no habia dicho su última palabra

respecto á Felipe II, y que allí no debian de pronunciarse otras que las de admiracion al fundador del Escorial.

Pero ya se sabe lo que es la revolucion: audacia, y siempre audacia. La paciencia con que se oye todo ha hecho la audacia de decirlo todo, y los radicales de nuestros dias avanzan contando con la prudencia de los demás, con el mismo descaro con que vuelven la espalda cuando, en vez de la paciencia con que contaban, encuentran la fortaleza que los enfrena.

Esto sucedió el otro dia, con ocasion de un banquete de catedráticos dado á los indicados extranjeros. Con motivo de Calderon se brindó por Jules Ferry, autor del artículo 7 y descolgador de Crucifijos, por la libertad del pensamiento, por la filosofía alemana, y por el consabido aluvion de lugares comunes y frases huecas, vacías de todo pensamiento, que constituye el ajuar literario de esos buhoneros de la sabiduría que se llaman *libre-pensadores*. A todo callaban como mansísimos corderos los catedráticos católicos allí presentes; pero como la secta, además del sufrimiento de hacerles escuchar, queria imponerlos la ignominia de que hiciesen coro á su manifestacion, escogiendo á Menendez Pelayo para el caso, pidieron repetidamente que hablara. No se hizo de rogar el ilustre académico; y con la erudicion que es notoria, y un valor que sus pocos años no prometian, brindó por Calderon, el poeta de la antigua España católica y monárquica, que defendió con la Inquisicion la cultura latina contra la barbarie germánica que nos regalaba la herejía; el que sublimó la libertad municipal en *El Alcalde de Zalamea*; el poeta teológico y español por excelencia. Y poniendo las cosas en su punto, respecto al mérito y significado de Calderon y á la esencia y accidentes del centenario, brindó, para terminar, por la union de los españoles y portugueses, no bajo el nombre mal sonante de *Iberia*, sino bajo el clásico y nacional de *España* con que se comprenden ambos reinos en la historia.

La protesta fué, como debia ser, digna, razonada, valiente. El acto como de quien es; la leccion como la merecian los admiradores serviles de Ferry y los constructores de la ciencia sobre Calderon, mediante propia y libre reflexion de su espíritu, abierto á todo viento de doctrina y cerrado á todo estudio detenido y sério.

Mientras que D. Pedro Calderon y la ruleta girando libre en honor de nuestro gran dramático hacian el gasto, la politica hacia el gusto del Gobierno durmiendo en periódicos y casinos, excepcion hecha de los candidatos ministeriales, incansables en solicitar destinos, destituir ayuntamientos y demás artes naturales de la eleccion popular, y Pí Margall continuaba su propaganda sinalagmática, no sin procurar extraer de las regiones abstractas donde se forja el pacto la razon de por qué floreció Calderon en medio de una gran nacionalidad, siendo cosa averiguada para él, que el genio es fruta de cantones. De modo que, hecho el balance de la situacion que atravesamos, resulta que

tenemos por ideal unánime á Calderon, por porvenir indefectible á Pi, por rueda Catalina del organismo nacional la ruleta, y que un Gobierno que diese libre expansion á esta «libertad necesaria,» y nos entretuviese con *Centenario* perpétuo, mientras Pi nos obligaba á pactar voluntariamente, sería el Gobierno más popular posible, podria echarse á dormir como Sagasta, confiado en la buena inteligencia de los miembros de la fusion, hasta que, siendo innecesario todo Gobierno central, brotase, no ya á la sombra, sino al sol de cada derribado campanario la nube de Calderones del porvenir que, una vez rota la unidad nacional, habrá de surgir del pacto necesariamente.

II.

Respecto á la Union Católica, parece que afloja un poco el ardor de sus adversarios: las adhesiones importantes menudean desde provincias; y, salvo algunos tenaces, los más recelosos van abriendo los ojos en la cuestion.

Y no era posible que sucediese de otro modo. La cosa en sí es tan buena, su fin tan excelente, sus móviles tan puros, que la calumnia tenia que estrellarse contra ella.

Que somos muchos los católicos divididos por cuestiones secundarias, es una verdad evidente. Que esta desunion, trascendiendo al campo puramente católico, era un mal, es innegable. Que uniéndonos todos para este fin la union tenia que ser fecunda, no ofrece duda. Y que para evitar divisiones, recelos, suspicacias y abusos debian los Prelados dirigirla, salta á los ojos.

La union entre católicos, que siempre ha sido un bien, es una necesidad de estos tiempos. Pio IX la recomendaba á cada paso, aprovechando todas las ocasiones para hacerlo. Leon XIII casi podria llamarla su idea fija. En Francia la proclamó monseñor Freppel, hoy la patrocina Cheneslong; y si hay salvacion para aquel país, la union católica la contiene. En España su necesidad era aún mucho mayor, dadas sus discordias políticas y la vivacidad de las pasiones. Balmes se murió sin lograr verla realizada. Aparisi no empleó en otra cosa la actividad de su vida; y todos los hombres sinceramente católicos y verdaderamente ilustrados en España han suspirado por ella. Casi creemos poder decir que, muchos de los que principalmente la combaten, lo hacen de despecho, por no haber acertado ellos á organizarla, ó porque otros les han tomado la delantera. Como si esta fuera una obra particular y exclusiva de nadie más que de Dios, que previene con los efectos de su misericordia el remedio á los males que tolera el brazo de sus iras. El porvenir de España es muy sombrío: aunque en ella no hay elementos serios de revolucion, los que toman el ser revolucionarios por oficio, copian siempre el último figurin que viene de París. Por eso hay tanto progresista disfrazado de libre-pensador y tanto honrado miliciano con ínfulas de nihilista. Es mucho más cómodo plagiari que discurrir.

y el día en que la traicion estúpida de un pescador de galones en el agua turbia de los pronunciamientos entregue el timon del gobierno español en manos de esos sectarios de imitacion, veremos sin pretexto y sin ocasion cómo se nos impone, como la última moda de la revolucion, el último estilo de Gambetta ó de Rochefort.

Para entonces no sabemos lo que será conveniente hacer; pero desde lanzarse al campo con un fusil, hasta ir á votar al ménos ridículo y sanguinario de los petroleros, nos conviene conocernos, tratarnos estar unidos, saber cuántos somos, y quiénes somos, ya para ayudarnos á bien morir en los momentos supremos del martirio, ya para dar con los instrumentos del suplicio en la cabeza á los verdugos.

Pero sin unirnos hoy en el único terreno en que podemos y debemos hacerlo, es imposible que lo hagamos mañana en los momentos del peligro, cuando todo será dispersion, confusion, desórden y barullo. Unámonos para rezar, que despues nos uniremos para salir á paseo; y en fuerza de tratarnos, y conocernos, y de disipar nuestras múltiples prevenciones, nos reuniremos para vivir y morir como ovejas de un mismo rebaño, cuyo Pastor es Jesucristo. *

Estas y otras muchas consideraciones que se exponen diariamente en el Círculo de la Union Católica, elocuentemente comentadas por los trabajos de las Secciones, por las comunicaciones de los Prelados, por las pláticas de los oradores sagrados y por las improvisaciones de los seglares, literatos y poetas, van cimentando cada vez más esta obra que, con la ayuda de Dios, será fecunda en bienes y gloria para el porvenir de la Iglesia y la nacion española.

III.

En el resto de Europa la procesion sigue su curso. En Francia continúan los prefectos prohibiendo las procesiones; los maestros descatolizando los niños; el Gobierno expulsando los religiosos de las colonias, incluso aquellos que Freycinet prometió mantener por su carácter de misioneros; el Congreso sus ataques á la magistratura, á la libertad de la prensa, á la enseñanza católica, á los seminaristas, al ejército y al presupuesto eclesiástico; los Congresos anticlericales se suceden proclamando, como bases de su programa, la destruccion de los sacerdotes y la proscripcion legal de los católicos. Los energúmenos que los componen son en su mayoría hombres; si bien hay algunos que parecen mujeres. Sus *meetings* para glorificar el regicidio menudean: en ellos se presenta á los nihilistas como apóstoles, á los asesinos como mártires, y el matar á los Soberanos como obligaciones morales imprescindibles. Para mejor lograrlo se inventan fábulas de martirios horribles, infligidos á las mujeres nihilistas por la policia rusa, en que se habla de abortos provocados y de toda clase de tormentos. Los colectivistas discuten públicamente con los individualistas; los crímenes más estúpidos se suceden sin interrupcion, y los ni-

ños en las escuelas se entretienen en destrozar con su cortaplumas los Crucifijos, á ciencia y paciencia de sus profesores y con el aplauso de sus compañeros, siguiendo las incitaciones de la ley y el ejemplo de la autoridad. La cuestión del escrutinio por lista ha triunfado. Gambetta ha ganado la batalla á Grevy en las barbas del Ministerio, que no ha dicho esta boca es mía, á pesar del desprecio con que indirectamente lo trató el futuro César oportunista. La cuestión de Túnez continúa poniendo en ridículo al Ministerio, cuyo Ministro de Estado ha llegado hasta el punto de escribir una carta á un periódico alemán, en que se adula á los vencedores de la Francia. En cambio la Asamblea de los católicos ha celebrado sus sesiones con gran brillo, y Cheneslong y monseñor Freppel han proclamado una y otra vez, en medio de universales aplausos, la necesidad de la union de los católicos para hacer frente á los ataques del radicalismo revolucionario, que mina sin cesar las bases de la religion, de la familia y de la sociedad francesa.

Con efecto, Gambetta, hecho dictador, tendrá que ocupar su puesto de un modo franco y declarado. El clericalismo será más atacado todavía si cabe; y enfrente de este soberano radical, apoyado por lo más anticristiano de la secta, los católicos deben de apercibirse para restañar las heridas que á las instituciones católicas de su nacion ha de hacer la máquina de horrenda tiranía que contra el clero, la magistratura y el ejército franceses se acaba de montar en Francia, por culpa, sobre todo, de las divisiones de los incorregibles conservadores que con solo media docena de votos, hubiera detenido la marcha triunfal del héroe de San Sebastian, cuyos proyectos se han visto secundados por sesenta legitimistas. Si en vez de estas divisiones funestas á todo interés religioso, monárquico y conservador no se escucha la gran voz de Leon XIII que dirigió á los peregrinos franceses: «Es necesario que todos los católicos se unan estrechamente para la defensa valerosa de los intereses supremos de la religion y de la sociedad..... La verdad, la religion, la virtud cristiana son bienes que forman el patrimonio comun de todos los fieles. Estos bienes deben de sernos preciosos y queridos á todos. Puestos en salvo, serán útiles á todas las causas grandes y nobles; disipados y perdidos harán difícil su defensa y comprometerán su éxito»; si no se presta oído á la elocuente palabra de monseñor Freppel señalando esta union como el primer paso indispensable para la otra; si no se atiende á la autorizada voz de Cheneslong, que la predica con las razones y con el ejemplo; si solo se atiende á voces, que sólo queremos creer inspiradas por ciego fanatismo, y que predicán la exclusion, y con ella la division, la impotencia y el pesimismo, el resultado no es de dudar, y la Francia conservadora, monárquica y católica no tendrá motivos racionales de queja cuando los nuevos males que la amenazan se abatan sobre ella.

En Italia, en aquella Italia que la revolucion ofreció á la casa de Saboya, como reino para su familia, al imperio de Napoleon como

aliada de su dinastía, y á la Francia revolucionaria como su hermana natural, el Rey carcelero del Papa en el Vaticano, y prisionero de la república en el Quirinal, no puede formar ministerio con la derecha, despues de seis años de dominacion con la izquierda y de la impotencia de sus hombres para formarlo. Desde Sella á Cairoli, y desde estos al jacobino Garibaldi, así como lanzaron la suprema injuria de la fábula al leon del imperio moribundo, así hoy no encuentran modo bastante duro de tratar á Francia, á pesar de su gobierno republicano. Italia, cuyas aspiraciones á determinados territorios del imperio otomano son bien conocidas, se coloca en posicion de paladin de los derechos de la Sublime Puerta contra las pretensiones de Francia, y se alía con Inglaterra para protestar contra el protectorado francés en Túnez, excita á la Europa á deliberar en Congreso sobre este tratado, y no se acuerda menos que de la destruccion de Cartago por Roma al hablar de las complicaciones posibles entre Francia é Italia.

Mientras tanto, en Roma Leon XIII recibe las peregrinaciones francesas, alemanas y eslavas que le vienen á tributar homenaje de sus respectivos paises; otorga la constitucion pontificia, determinando las relaciones entre el Episcopado inglés y las Ordenes religiosas, y ve estrecharse lentamente los lazos de su union espiritual con las iglesias disidentes y con los imperios cismáticos, algo más atentó al fin á la voz de la religion y de la justicia ante la oleada racionalista y revolucionaria que amenaza ya á invadir, desbordándose, las gradas carcomidas de sus altares y sus tronos.

En Rusia, el general Ignatieff ha sucedido á Loris Melikoff, y es difícil prever las consecuencias de este cambio. Melikoff era partidario de las reformas liberales; Ignatieff, que los turcos conocen con el nombre de *Padre de la mentira*, y los Pérotés con el apodo de *Zorra negra*, no tiene credo ni programa definitivo, su único númen es el éxito. Hábil, cauteloso, experto, intrigante, á él se debe la cesion de Rusia á China de una gran parte de la Manchouria, la destruccion de la influencia francesa en el imperio turco y el famoso tratado de San Stéfano, si su entrada en el poder obedece á la mira de acabar con el nihilismo en el interior y de extender la prepotencia del slavismo en el exterior, no dudamos que antes de mucho tiempo dará que hablar de sí el Maquiavelo puesto al frente de los negocios en Rusia.

En Inglaterra, los ofrecimientos de Salisbry á Italia y Francia sobre los despojos de Turquía han contenido al Gabinete, pero no á la opinion, que sin reparar que en estos mismos momentos ocupa el pabellon británico la orilla meridional del Incoupa en Madagascar, protesta indignada contra el tratado de Francia con el Bey; y si no fuera esto, y la cuestion agraria en Irlanda, que preocupa su atencion, acaso veríamos á Gladstone sosteniendo las reclamaciones de Turquía, á Turquía deponiendo al Bey, al Bey sostenido como *súbdito* por Gambetta, á Garibaldi desembarcando con sus voluntarios en Argel, y á Bismark

frotándose las manos, mientras los hulanos de Moltke daban grasa á los ejes de las locomotoras, que en corto espacio y á través de la frontera abierta y de las fortificaciones interrumpidas de las fronteras francesas, podían ponerlos en estado de presidir al desmembramiento de una nación árbitra de Europa en los dos primeros tercios de este siglo.

El conflicto turco-griego toca ya á su fin con el acuerdo de una convencion relativa á la cesion de los territorios ottomanos á la Grecia, y un acta determinando las condiciones militares de la entrega de estos territorios.

La persecucion de los judíos continúa cada vez mayor en el Norte de Europa, emulando las matanzas de la Edad Media. No creemos que puedan atribuir á fanatismo de los católicos estas escenas los partidarios de la civilizacion, del libre exámen y del cesarismo. El que en medio de todos estos crímenes no vea el destino providencial del pueblo deicida, disperso por los ángulos de la tierra, y objeto de universal animadversion, hay que declararle ciego de nacimiento.

La persecucion de la masonería aljoja en el Brasil. El gobierno solicita la entrada de los frailes expulsados de Francia, y el Obispo de Rio-Janeiro, en una sola provincia de su vasta diócesis, acaba de confirmar más de diez mil personas y de recibir la abjuracion de un gran número de masones.

Por triste y desconsolador que aparezca el estado del mundo cuando se miran las audaces persecuciones de la secta á toda idea y sentimiento de religion, especialmente en las naciones latinas y en las repúblicas hispano-americanas, no es posible desconocer que si Dios se apiada de nosotros, hay elementos de bien muy poderosos para cambiar el aspecto de la sociedad sin necesidad de milagros. Si los tres grandes imperios, representantes del principio de autoridad y temerosos del desarrollo de los elementos disolventes que abrigan en su seno, se unen en una santa alianza, presididos por Leon XIII; si Inglaterra, que tan agradecida está á la conducta del Santo Padre en Irlanda, estrecha sus lazos más con él, y á la libertad que hoy acuerda al Catolicismo en el interior, une la proteccion en el exterior; si el Brasil, como parece, vuelve los ojos á los Pastores de su Iglesia, y, á ejemplo de los Estados-Unidos, otorga á la Iglesia la libertad, ¿qué podrían significar las algaradas de la secta en ese mal unido reino de Italia, y en esa ridícula y odiosa república de Gambetta, en cuyo seno por lo demás hay tantos elementos de orden y de bien.

No desmayemos, pues; esperemos, y esperemos obrando, que de nosotros depende que Dios suspenda las iras de su diestra, pronta á abatirse sobre nosotros, ó que la descargue airado sobre los que, adormecidos al calor de su misericordia, necesitamos para despertar el aguijon de su justicia.

MISCELÁNEA.

Quiebras de salud, y gravísimas ineludibles ocupaciones, han impedido á nuestro ilustre amigo el Sr. Cañete concluir su comenzado estudio crítico sobre el *Gran Galeoto*. Lo hará, Dios mediante, en el próximo número de nuestra REVISTA.

El ilustre director de la *Ciencia Cristiana*, D. Juan Manuel Ortí y Lara, ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar de la Memoria que presentó al famoso concurso extraordinario abierto por la *Real Academia de Ciencias morales y políticas*, cuya corporacion premió con accesit la obra de nuestro sabio amigo. Intitúlase este libro notabilísimo *La Ciencia y la Divina Revelacion, ó demostracion de que entre las ciencias y los dogmas de la Religion Católica no pueden existir conflictos*, y aunque todavía no hemos tenido el vagar y reposo necesarios para leerle con todo el detenimiento que exige la importancia del tema y el nombre del autor, bien se echa de ver desde las primeras páginas aquella nitidez de entendimiento y poderosa dialéctica con que esmalta sus escritos el Sr. Ortí, en los cuales se descubren siempre observaciones profundas, verdades útiles y nobilísimos pensamientos. Si el digno catedrático de Metafísica no se hubiera conquistado hasta la fecha un puesto muy distinguido entre los publicistas que honran hoy á nuestra patria, su última produccion hubiérale puesto al lado de los más beneméritos. Felicitamos muy *ex corde* al Sr. Ortí.

De los infinitos trabajos que, dedicados á Calderon, han salido á luz en estos días, pocos hemos leído tan sabrosos y ricos de erudicion como el que para la revista religiosa *La Cruz* ha escrito nuestro jóven amigo D. Leon María Carbonero y Sol y Merás. Admira que un jóven, de tan vivo ingenio como el Sr. Carbonero, haya tenido la paciencia,

que sin duda necesitó, para hermosear su libro con tantas y tan peregrinas noticias como contiene. Su libro más parece parto de encanecido literato, que de un mozo imberbe. Unimos nuestros plácemes á los que ya tiene recibidos el Sr. Carbonero por su última produccion.

Hemos recibido la agradable visita de dos publicaciones católicas: la del excelente periódico valenciano *El Zuavo*, y la *Revista católica de Barcelona*, órgano de la Asociación de Católicos de dicha ciudad. Sean muy bien venidos, y acepten ambos colegas la expresion de simpatía y afecto que les envía la REVISTA DE MADRID. También tenemos á la vista el primer número del *Boletín de la Union Católica*, que se publicará por ahora dos veces al mes, sin dia fijo y sin número determinado de páginas. La Junta directiva de la Union Católica ha confiado la tarea de redactar el *Boletín* á los Sres. D. Francisco de P. Quereda, D. Joaquin Sanchez de Toca y D. José María Bris, y cierto que fué acertadísimo el acuerdo de la Junta. Seguramente que estos amigos nuestros harán bien pronto del *Boletín* una publicacion por todo extremo amena é interesante.

PRETENDIDOS CONFLICTOS

ENTRE LA CIENCIA MODERNA Y LA FE CATOLICA.

(*Conclusion.*)

El espíritu revolucionario que tanto se agita en el campo de las inteligencias, haciendo tremolar en todos sentidos su odiosa bandera, no perdona medio, ni omite ocasion para llegar á la meta de sus aspiraciones, que consisten en último término, segun dejamos ya consignado, en desprestigiar el gran principio de autoridad en todas las esferas, con objeto de eludir toda responsabilidad moral y material. A este fin, se violentan los hechos y se bastardea la interpretacion científica de los fenómenos que constituyen objeto de estudio para las ciencias naturales y antropológicas, hasta el extremo de haberse perdido de vista casi por completo el origen y destino del hombre, negando la existencia de su alma, y creando en cambio el más peregrino de los cánones materialistas para explicar las manifestaciones de su espíritu.

El maravilloso mecanismo de la organizacion del hombre, donde todo aparece dispuesto y ordenado para la conservacion de su existencia, se halla perfectamente ajustado en todas sus partes á un plan de construccion que revela la omnipotencia y sabiduría de su Autor; órganos y aparatos recíprocamente dependientes, aseguran la vida del conjunto, regidos en su funcionalismo por leyes admirables, entre las que descuellan la de *unidad*, de *compensaciones*, de *connivencias*, de *antagonismos*, del *hábito*, etc.

y que, á beneficio de ciertas propiedades de tejido, como la *irritabilidad*, *contractilidad*, *plasticidad*, etc., y de condiciones fisico-químicas variables hasta el infinito en cada caso y en cada momento provocan acciones y reacciones que garantizan la armonía general, y tienden á la unidad y finalidad conservadora del organismo sano ó enfermo: un sistema nervioso regulador de todas estas acciones y reacciones, asegura el perfecto equilibrio y mantiene el enlace entre cada una de las partes, y el todo de la inimitable máquina de nuestra organizacion, viniendo á representar el puente; el fluido nérvico que por él circula, el medio; y la inervacion, el modo, de transicion de lo material á lo espiritual, por la imposibilidad de localizar anatómicamente sus funciones, y por lo sutil é incoercible de ese agente que en él se engendra, denominado fluido nervioso, y que se ha comparado con la electricidad.

El órgano más importante del sistema nervioso central es el *cerebro*; y mejor que órgano, puede considerarse como una síntesis de múltiples y variadas organizaciones de estructura inextricable, pero admirablemente relacionadas entre sí. Verdadero laberinto, en cuyas encrucijadas se han perdido tantos y tan distinguidos fisiólogos, viene á ser una especie de estacion telegráfica central, enlazada con cada una de las partes del todo por medio de innumerables hilos nerviosos; donde se reciben y donde se despachan centenares de partes por minuto, quedando en él registrados con una claridad tal, que no permite confundir los unos con los otros. Alojado en el interior del cráneo, esto es, en la parte más elevada y noble de la cabeza, puede considerarse el alcázar del alma, el santuario de la conciencia, el sitio, en fin, de residencia de nuestro espíritu, y por el cual se manifiestan los atributos más característicos de la personalidad humana. Empero ligadas íntimamente sus funciones con ciertas condiciones materiales físico-químico-orgánicas, sin las cuales no puede funcionar, se comprende perfectamente lo resbaladizo y difícil de su estudio psico-fisiológico, y el fundamento en que se apoya la es-

cuela materialista al denominarle *sensorio comun*, y órgano de *elaboracion de las ideas*, considerando de este modo á la psicología como un capítulo de la fisiología, y por consiguiente, su estudio del dominio y competencia de la medicina, que sería, segun se afirma hoy por muchos y distinguidos frenópatas, la única ciencia llamada á decidir del estado de razon ó de locura de un sugeto, y por tanto, á resolver el problema de la responsabilidad de las acciones humanas; falsas nos parecen las premisas, y exageradas las consecuencias, como vamos á procurar demostrar en breves palabras.

Ese órgano cerebral tan necesario, como *substratum orgánico* á la manifestacion del pensamiento y de todas las facultades de nuestra inteligencia, necesita, pues, de ciertas condiciones somáticas, sin las cuales no podria servir de medio para relacionar nuestra alma con el mundo exterior; esto es indudable; y no hay filósofo ni fisiólogo que pueda desconocer, ni aun se atreva á poner en duda esta verdad; pero tampoco nos parece posible que pueda existir filósofo ni fisiólogo medianamente ilustrado que se atreva á deducir de aquí en buena lógica, que la psicología sea una parte de la fisiología; ó que el ejercicio de la inteligencia forme parte del estudio de las funciones del cerebro, porque la inteligencia no es una funcion cerebral, en cuanto puede existir con independencia completa de este órgano, lo cual no sucede con ninguna de las demás funciones del organismo animal, que no existen como entidades separadas del órgano que las desempeña; así, que no hay ni puede establecerse rigurosamente una localizacion anatómica bien determinada de las diversas facultades de nuestro espíritu en el cerebro, como equivocadamente pretende la frenología; siendo de todo punto imposible, á pesar de los titánicos esfuerzos realizados por la fisiología contemporánea, contener dentro de los reducidos límites de un pequeño territorio ó distrito celular, concreto y determinado, la esfera de accion de la más limitada de las facultades de nuestro espíritu; veamos cómo

discurre el Dr. Flourens, una de las eminencias fisiológicas de nuestro siglo, acerca de este punto, en su admirable trabajo titulado *Investigaciones acerca del sistema nervioso*. «No existe en el cerebro, dice, un sitio distinto, ni para las diversas percepciones, ni para las diferentes facultades; en la mutilacion gradual de los lóbulos cerebrales, dentro de ciertos límites, se observa que, cuando se pierde una percepcion, se pierden todas; cuando una facultad desaparece, todas desaparecen tambien; y cuando la reparacion orgánica es posible, se demuestra, que cuando se restablece una percepcion, ó reaparece una facultad, reaparecen todas al mismo tiempo; porque los lóbulos cerebrales contribuyen *en su conjunto* al ejercicio pleno y entero de todas sus funciones».

Recientemente algunos fisiólogos muy distinguidos, entre los que merecen citarse Luys en Francia, y Hartmann en Alemania, no contentos ya con la atrevida doctrina de la localizacion anatómica de lo que se llaman funciones psíquicas del cerebro, puesta en duda desde su principio, y completamente rebatido hoy por Brown-Sequard, pretenden asimilar á fenómenos reflejos, de mecanismo puramente material, las operaciones más elevadas y delicadas de nuestro espíritu, los actos más libres y espontáneos, los fenómenos de conciencia, todos aquellos, en fin, que la opinion casi unánime, y hasta el común sentido, atribuye á un principio inmaterial que utiliza el cerebro como un instrumento propio para manifestar los más nobles atributos de la personalidad. Segun la nueva escuela, las impresiones sensibles que proceden del exterior, son concentradas y espiritualizadas en los gánglios cerebrales, denominados *tálamos ópticos*, desde los cuales son reflejadas sobre otros supuestos centros situados en la corteza de los hemisferios cerebrales, sirviendo como de primera materia á la accion de las redes nerviosas de la esfera *psico-intelectual*, que, privada por completo de espontaneidad, necesaria, para ponerse en ejercicio, el estímulo material producido por la impresion de los objetos sensibles. *Nihil est in intellectu, quod prius non fuerit*

in sensu. El *sensorio comun*, es decir, el cerebro en funcion con el mundo exterior, no es más, segun esta teoría, que la concrecion de las sensaciones parciales recibidas por el organismo; concrecion sostenida por la *fosforescencia* de las células nerviosas: todos los movimientos voluntarios que nuestro cuerpo ejecuta libremente, en virtud de la espontaneidad y autonomía del espíritu, incluyendo en ellos los que ejecutan nuestras manos y nuestra lengua, sirviendo de instrumento á la inteligencia, no serían otra cosa que reacciones de las sensaciones materiales, movimientos reflejos, y nada más. Pero no se detienen aquí sus groseras y atrevidas aseveraciones, sino que, aplicando á las facultades superiores del alma los mismos principios, pretenden que la sensibilidad moral se convierte de este modo en una síntesis puramente fisiológica ó funcional de todas las actividades nerviosas; que la memoria es una propiedad, y nada más que una propiedad primordial de los elementos nerviosos: que el reflexionar, no es más que confiar al automatismo cerebral nuestras futuras resoluciones; resultando de todo este tejido de absurdos, que en el terreno del trabajo intelectual, «todo se verifica de un modo irresistible, fatal, inconsciente, á nombre de la actividad automática que lo dirige todo, y es, por lo tanto, la única y exclusiva fuerza por medio de la que se realizan las diversas operaciones del entendimiento». En virtud de esta teoría, cuando creemos mandar, obedecemos servilmente, y de un modo fatal, á determinaciones materiales, provocadas por incitaciones externas: ¡no cabe abdicacion más humillante del espíritu en manos del materialismo! De modo que, allí donde habíais creído descubrir la intervencion del alma, un movimiento voluntario, un juicio libre, la inspiracion del genio; una obra marcada con el sello divino de la inteligencia, ó señalada por la voluntad personal, no existe más que una reaccion fatal é inconsciente, debida á la fosforescencia cerebral, que mantiene acumuladas en vibraciones latentes las sensaciones físicas percibidas *ab initio*, que un dia se han de activar

para manifestarse automáticamente al exterior, bajo la forma de armoniosas modulaciones, variables al infinito, y que nosotros habíamos creído fuese la cadenciosa voz de nuestra alma. ¿Y qué se ha hecho de la voluntad y del libre albedrío? ¿Y qué de la responsabilidad de nuestros actos? ¿Quién se atreverá, después de leer lo que precede, á premiar ó castigar las acciones humanas? Y si siendo fatales no son dignas de premio, ni merecedoras de castigo en el tiempo, ménos lo serán aún en la eternidad, Y ¿para quién ó para qué se ha escrito el código penal? ¿Qué falta nos hace conocer el camino del bien, y cumplir ó dejar de cumplir con nuestros deberes? ¿Y cómo es posible que hombres sérios puedan generalizar tan ligeramente principios fisiológicos, que sirven indudablemente para explicar fenómenos puramente orgánicos, pero que de ningún modo, ni bajo ningún concepto pueden darnos la más grosera explicación de hechos puramente psíquicos? ¿Cómo un *movimiento reflejo*, que no es más que «un impulso irresistible á movernos en determinado é involuntario sentido, en virtud de una impresión percibida ó no por el yo, que se realiza en las fibras sensitivas», cómo, repetimos, puede darnos la explicación de los hechos que se refieren á la vida psíquica, y que en el estado normal son y tienen que ser conscientes, voluntarios, y por ende imputables? Pero aún más, muchísimo más: para que un fenómeno reflejo se realice, es precisa la primitiva impresión de un nervio sensitivo por un agente material; la espontaneidad é independencia orgánica de nuestra alma, se manifiesta precisamente en el más absoluto silencio del mundo exterior, sin necesidad de estímulo material de ningún género, pudiendo evocar á voluntad y sin otra excitación que nuestro capricho, el recuerdo más lejano, que obediente y sumiso reaparecerá en nuestra presencia, reproduciéndonos á veces los hechos y objetos con la más delicada y escrupulosa minuciosidad; cuando parecia quizá más olvidado, y como hundido en las profundidades de nuestra conciencia: recordamos, porque *queremos* recordar; y la memoria perma-

nece inalterable, á pesar de la destruccion de los elementos nerviosos, y del tejido propio del cerebro, obedeciendo sumisa á la imperiosa voz de nuestra voluntad.

Al llegar á este punto no podemos ménos de hacer notar un fenómeno singular; el eminente fisiólogo francés Claudio Bernard se expresa en estos términos, preocupándose en la definicion de la vida: «Cuando la voluntad y la sensibilidad se manifiestan, los nervios se gastan: cuando el pensamiento funciona, el cerebro se consume.» Puede decirse que la misma materia no sirve dos veces para la vida; realizado un fenómeno, de cualquier clase que sea, la partícula material que sirvió para su produccion ó manifestacion, no existe ya; y si el fenómeno reaparece se debe á la presencia de otra partícula material nueva, que reemplazó á aquella: toda manifestacion de un fenómeno en el sér vivo, pues, va necesariamente unida á una destruccion orgánica: si la teoría del automatismo cerebral fuese cierta, para evocar un recuerdo, sería siempre necesaria la presencia de un objeto material que le provocase; y si cada sensacion estuviese alojada en una célula especial, y con la funcion del recuerdo hubiera de destruirse, resultaría, que cada hecho ú objeto sólo podria recordarse una sola vez, lo cual es absurdo, y enteramente contrario á lo que la experiencia diaria nos enseña. *Los fenómenos fisiológicos y los fenómenos de conciencia son esencialmente distintos y se apoyan en bases diferentes; los primeros se asientan sobre la materia, los segundos se deben al principio informador de nuestra existencia, *al alma racional*, cuya realidad no puede ponerse en duda siquiera.

Enorgullecida la ciencia moderna por el terreno que ha conquistado, traspasa indudablemente los límites de la prudencia al afirmar tan rotundamente como afirma, y al generalizar tan ligeramente como lo hace; y, preciso es confesarlo, cuando la educacion fundamental falsea; cuando faltan los verdaderos y únicos principios que, cual sólido cimiento, deben sostener el edificio que

ha de construirse despues, todo son dudas y vacilaciones, y el escepticismo más desconsolador viene á ser el término de la obra. La soberbia humana, que no quiere reconocer la limitacion de nuestro entendimiento, ni soporta de buen grado trabas ni dificultades, todo lo avasalla, y pretende el dominio absoluto de la razon, negándose abiertamente á admitir como cierto lo que no puede explicarse de un modo relativamente satisfactorio; y á nosotros se nos ocurre preguntarles: ¿por ventura, se explica el hombre á sí mismo, ó comprende mejor los misteriosos fenómenos de la generacion de un sér, de la germinacion de una semilla, ó lo que la vida sea? No, ciertamente. ¿Niega, sin embargo, estos hechos? No puede, porque tendria que negar su propia existencia; ¿dónde está, pues, ese pretendido imperio absoluto de la razon? Y el hombre, que tan débil se siente para darse cuenta de lo que pasa en derredor suyo, aspira á comprender mejor el dogma y el misterio, que se hallan completamente vedados á su mirada escudriñadora; y porque no pueda penetrar en tan oscuro recinto ha de obstinarse en negar lo sobrenatural, haciendo la cruda guerra que ciertas escuelas filosóficas hacen al milagro, por ejemplo, creando en su lugar el *espiritismo* y el *magnetismo animal*! ¿Y qué se ha hecho de la lógica, y, sobre todo, del sentido comun? preguntamos nosotros. ¿Y serán más afortunados esos otros que se llaman *profundos pensadores*, que traspasando los límites de nuestro planeta, y remontándose en alas de su fantasía, poco satisfechos sin duda de habitar entre nosotros, buscan en otros planetas y en otros mundos, que suponen habitados, condiciones fisiológicas, para deducir *inocentemente* que no hemos de ser nosotros los séres privilegiados de la creacion? De este modo, sin embargo, se coadyuva al plan revolucionario de las ideas y de los principios que dejamos en otro lugar consignado. Como si porque haya seres iguales, ó parecidos á nosotros, en esa pluralidad de mundos detrás de la cual se oculta la perniciosa doctrina de la metempsicosis inter-estelar, dejásemos de ser lo que somos, y pudiéramos

eludir la responsabilidad que sobre nosotros pesa por la falta al cumplimiento de las leyes que se nos dictaran. No ciertamente; en el conjunto armónico del universo, las distintas creaciones obedecen sin duda á un plan general de unidad y equilibrio que no puede contradecirse; y las diversas partes que le constituyen, no pueden oponerse las unas á las otras, sin faltar á esa ley fundamental de unidad y armonía, que tan clara se manifiesta en todos y cada uno de los factores que conocemos, por ser de nuestro dominio.

No hay ni puede haber conflictos entre la ciencia y la fe; porque no hay ni puede haber verdad contra verdad; y siendo la naturaleza como la religion, obras del mismo Autor, no podrian ponerse en contradiccion la una con la otra, sin contradecirse á sí mismo el que es verdad absoluta y no puede engañarse ni engañarnos.

Dejamos apuntados algunos de los principales errores á que conduce el divorcio que se pretende entre la ciencia moderna y la fe católica, habiendo procurado demostrar que esta debe ser el hilo de Ariadna que nos conduzca por el laberintico terreno de aquella, y sin el cual nos extraviaremos de seguro. A plumas mejor cortadas que la nuestra corresponde desarrollar asunto tan delicado, y que tanta utilidad puede reportar, especialmente á la juventud escolar que acude presurosa á las cátedras y ateneos en demanda de conocimientos, que no siempre son lo que debieran ser, lo que la sociedad tiene derecho á exigir, y lo que los Gobiernos deben procurar con su valiosa iniciativa y con su poder ejecutivo. Sirvan estas líneas á lo ménos para dar la voz de alerta á la juventud estudiosa, á fin de que, prevenida de antemano, empiece á aprender la manera cómo debe juzgar de ciertos hechos, evitando de este modo el funesto contagio, que tanto cunde por desgracia: si consiguiéramos propósito tan moral y humanitario, sería recompensado con usura el modesto y sintético trabajo, que con tanto gusto hemos dedicado á los lectores de la REVISTA DE MADRID.

FRANCISCO JAVIER DE CASTRO.

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—Mira, te diré—le respondió el bueno de D. Pelegrin, pres-tándose dócilmente al cambio de conversacion—Palomino—ya lo sabes—no es amigo mio, yo no soy enemigo suyo, pero él no es mi amigo; bien: por lo tanto ya ves que yo tengo la obligacion de conciencia de ser con él caritativo. Palomino es trabajador y es honrado. Acerca del comercio tiene sus preocupaciones, su afan de novedades, propio de un muchacho. A los cuarenta años que él tiene, no se ven las cosas como á los setenta que yo tengo. Indalecio te contará de él mil patrañas, te dirá que su familia no se portó bien con la nuestra; no le hagas caso: Indalecio es tambien jóven, y como tal, apasionado y violento. ¿Que se separaron de esta casa, en la que de padres á hijos fueron dependientes, y se establecieron ahí enfrente, en la Plaza, con un comercio de gé-neros del reino y extranjeros?—están en su derecho—¿no es eso? ¿Que no nos tratamos con ellos?—es verdad;—pero bien puede un hombre cortar relaciones con otro; bien puede en su interior estar resentido—es decir—no es eso, sentido, Juan Antonio; senti-do he querido decir, lastimado en sus afecciones, en su cariño, en su confianza—y aquí la sencilla dignidad de D. Pelegrin no pudo impedir que su voz temblara en señal de involuntaria emocion—y sin embargo, no tener nada que echarle en cara ni en su con-ducta pública ni privada.—¿Que si tiene influencia? Por lo mé-nos está muy relacionado en Duradon. Tiene hacienda é intereses en varios pueblos, hace muchos viajes á Madrid, es muy empren-

dedor y muy activo; en fin, es un comerciante, muy..... ¡si! hay que decir las cosas como son, muy acreditado.

—Con que V.—dijo su sobrino, cada vez más partidario del método interrogatorio aplicado á las conversaciones de familia—¿conque V. no aprueba la reforma de la plaza para construir en ella la capitania general.

—No, Juan Antonio, no la apruebo—respondió D. Pelegrin con sin igual viveza.—D. Pelegrin Burguillos no aprueba ese proyecto descabellado, y se opondrá á él con todas sus fuerzas. Puedes decírselo así á D. Modesto.—No sabemos por qué secretos motivos D. Pelegrin se creia en la obligacion de someter á aquel personaje, por conducto de Juan Antonio, todas sus opiniones, y sobre todo aquellas que pudiéramos llamar de política trascendental duradonesa—Si D. Modesto, ó tú, ó cualquier otro madrileño—continuó exaltándose gradualmente—quereis saber mi opinion sobre el asunto, ahí la teneis: no tocar á la plaza. La plaza es Duradon; la plaza es el comercio, la vida, el orgullo de este pueblo. Ya sé, ya sé que ese proyecto se agita hace mucho tiempo; ya sé que de Madrid ha venido un arquitecto, y ha hecho estudios y planos. Mira, Juan Antonio, tu tio es viejo, tu tio choecha; pero ten presente su prediccion. Ese proyecto es la ruina del pueblo. El dia que se toque á una piedra de esta plaza, ninguna cosa, ninguna industria, ningun comercio estará seguro en Duradon; y acuérdate de lo que te digo: cuando la ciudad haya reducido á polvo esta plaza, ó parte de ella, para instalar la capitania general, un decreto de Madrid suprimirá de Duradon esa dependencia, y el pueblo entero maldecirá esos inútiles escombros.

Bien hubiera querido Juan Antonio cortar la conversacion, y apelando á su método, distraerla hácia asunto ménos candente; pero debió comprender que cuanto en aquel sentido intentara habia de ser inútil, porque se contentó con coger un periódico en las manos y abismarse en su lectura, como protestando en silencio del escaso efecto que en él producía el fuego oratorio de su tio.

Este continuó con igual ardor, importándosele poco del efecto que podría producir, ó tal vez juzgando que Juan Antonio buscaba en el diario citas ó documentos que corroboraran ó contradijeran su opinion.

—¿Y todo por qué? ¿Y todo para qué? ¿Acaso no han vivido en esta plaza generaciones sobre generaciones sin motejarla de desabrigada ni zaherirla por fea ó incómoda?: ¿ó querrán tambien los modernos suprimir las estaciones y labrar de nuevo todos los pueblos para que todos parezcan el mismo? ¿Qué hay en todo esto sino rabia é inquina contra Duradon y contra su historia, escrita en cada pilar de la plaza y en cada una de las casas que la forman? ¿Quién podrá decir, como yo lo digo ahora, como lo dicen cuantos las ven, á quién pertenece y ha pertenecido cada una; dónde están las del cabildo metropolitano, dónde estaba la del peso y almota-cen, dónde la escuela pública de la ciudad, dónde la obra pia de los Veruelas y la solar de los Cenegros y Villalpandos y la de la encomienda de Santa María de Berzosa, y el soportal de la anti-gua panadería, y los portales de cordeleros y curtidores, y la lonja del pescado, y el almacén cerrado de Cortezon y compañía? Y esta, esta casa que, dejando á un lado vanidad, cuenta ya con cinco generaciones de habitantes, de padres á hijos dedicados al comercio de paños, á ese comercio que extiende por el reino los variados productos de las fábricas de la provincia, ¡la casa de Burguillos! en fin, ¿qué será de ella el día que salga de la plaza? ¿Dónde irá su crédito, dónde sus géneros y sus libros de comercio, dónde su dueño, viejo y achacoso, si es que es posible, que no lo será, que sobreviva á tal mudanza?.... Y dos lágrimas, que no eran, dada la sinceridad del que las vertía, argumento oratorio, cayeron por las enjutas mejillas de D. Pelegrin, que no siendo de las naturalezas que fácilmente se doblan ante una pesadumbre, por dolorosa que sea, cambió acto continuo de entonacion, añadiendo con seguro acento—¡pero eso no se hará, Dios mediante! Aún queda al pueblo entereza y energía para defender sus derechos, y no consentirá que se haga. D. Modesto comprende que esta cuestion no es política, sino de interés general, y sabrá respetar é interpretar el voto de los duradoneses. Si hay algunos duradoneses, si hay algunos vecinos de la misma plaza que están decididos á dividir al pueblo en esta cuestion importante, allá se las hayan con su conciencia; nosotros, ¿no es verdad, Juan Antonio? tenemos la obligacion moral de defendernos. Si, por ejemplo, los Palominos quieren asumir la responsabilidad de ese atentado, ya saben que han de encontrarse frente á frente con nosotros. Esto

no es rencor, Juan Antonio, por eso no hemos de desacreditarlos ni murmurar contra ellos; pero nos asiste el sagrado derecho de defensa. ¡A defendernos, pues! y en cuanto á mí, viejo y todo, me tendreis á vuestro lado para cuanto ocurra. Yo no entiendo de política, vosotros sabeis de esto más que yo; pero soy duradónes, y sé lo que conviene á mi pueblo. Mi programa se encierra en una sola línea. «¡No toqueis á la plaza!»

CAPITULO XI.

LA REFORMA.

¿Qué cuestion era esta de la reforma de aquel sitio público ante todas las leyes del buen gusto arquitectónico digno de reforma, que tan sentidas y elocuentes frases arrancaba del corazon de D. Pelegrin Burguillos?

La historia oficial contemporánea de Duradon, de la que dicho asunto y las complicadas incidencias á que dió lugar forma uno de los episodios más interesantes, nos dirá que ya de antiguo preocupó al municipio la reforma de aquel sitio público y principal del pueblo, que sobre los medios de efectuarla habia en los archivos municipales varios proyectos más radicales unos que otros, pero con los que se remediaban las imperfecciones que, como de más bulto, señalaba en ella la opinion pública. Uno entre ellos, el más grandioso, y por lo tanto el que mejor cuadraba al esforzado espíritu de los proyectistas duradoneses, consistia en ensanchar y regularizar su perímetro, cerrando dos de sus lados por edificios públicos, que á la vez que campearan en la plaza, dándola un aspecto monumental que fuera en cierto modo un desquite artístico de los largos años que habia gemido bajo el peso de su nativa fealdad, contribuyeran á la importancia pública y política de Duradon, que por este medio ofrecia al Gobierno central dependencias suntuosas dignas bajo todos conceptos de los funcionarios que habian de ocuparlas.

Tan generosa idea (seguirá diciendo la historia) se apoyaba en aquellos momentos en una circunstancia que contribuia á ha-

cerla, además de grandiosa, útil y práctica bajo el punto de vista de los intereses materiales.

El edificio ocupado por la capitania general, cuya existencia como centro militar era para Duradon *y para la nacion entera* una cuestion importantisima, amenazaba ruina, y varias veces habian representado al Gobierno los dignisimos generales que habian estado al frente de esta dependencia, el peligro que corrian, no sus personas, dispuestas siempre al sacrificio por la patria, sino los valiosos intereses que ésta les tenia encomendados bajo la forma de archivos, oficinas y depósito de armas y vestuarios, factoría de utensilios y otros importantes ramos de guerra, bajo las bóvedas de un convento, suntuoso edificio que sirvió en los tiempos del oscurantismo para viviendas de monjes holgazanes, y que en este siglo de ilustracion y de actividad no podia utilizarse para oficinas y dependencias de los centros más importantes del renacimiento militar del país.

Tales reclamaciones hechas en forma, y otros motivos alegados privadamente y á título confidencial, sobre la posicion de este edificio, dividido de la ciudad por un rio poco caudaloso, es cierto, pero incómodo de cruzar en el invierno, á causa de los fuertes vientos que azotaban el rostro del transeunte en los puentes que unian un barrio de la ciudad con el otro; sobre lo desabrigado de sus salones, sobre lo incómodo de la casa destinada á albergar la persona del mismo capitán general, sobre la insuficiencia de las caballerizas destinadas á S. E., y sobre otros puntos accesorios, pero todos ellos importantes, habian llamado la atencion del Gobierno de Madrid en varias ocasiones, pero singularmente en la presente en que ocupaba aquel alto puesto un hermano del Ministro de la Guerra, el cual habia de hacer, no solo cuestion de gabinete, sino hasta cuestion de familia, la instalacion decorosa de la primera autoridad de la provincia.

Ofrecer á esa familia, ofrecer al Estado jefe natural y protector nato de todas las familias de capitanes generales un nuevo edificio en que se remediasen los defectos del antiguo, y que, colocado en el centro de la ciudad, lejos de los puentes homicidas, lejos del rio terciario, á la vez que hiciera más dulce la vida de los jefes y oficiales de la guarnicion, ofreciéndoles el mejor sitio y las mejores vistas de la ciudad, embelleciera ésta, dando á

su plaza un aspecto monumental y bulliciosamente animado con la celebracion de besamanos, con el entrar y salir de ordenanzas, con la ejecucion de serenatas y con el circular continuo de noticias y rumores oficiales y extraoficiales, ¿no era, en verdad, un grandiosísimo pensamiento, digno á la vez de los que le formulaban, y de las dignas autoridades que el día de su realizacion habian de utilizarle?

Esto decia sobre el asunto la historia pública de la ciudad del Aranduela; historia que, galanamente ataviada, repetia *El Eco*, único órgano de la pública opinion duradonesa; historia que, con correccion elegante, constaba en las actas de las sesiones del ayuntamiento, tal como salió de los lábios de algun capitular elocuente; historia, en fin, que en reuniones públicas de accionistas futuros para la empresa, y de contribuyentes recalitrantes y morosos, corria acreditada como oficial por los centros de la política, de la administracion y de la sociedad duradonesa.

Pero otra historia secreta del asunto andaba de boca en boca, no menos válida que la anterior, en los círculos privados y en las conversaciones familiares, segun la cual, el verdadero móvil de la mejora de la plaza consistia en el pingüe producto que á los propietarios de solares comprendidos en el ensanche iba á valer su expropiacion, ó en el aumento de precio que los que quedaban destinados al comercio iba á experimentar, á consecuencia de destinarse el resto á edificios públicos. La opinion pública, siempre atrevida y lenguaraz, sostenia que los promovedores de esta reforma eran precisamente los supradichos propietarios, y las mil ramificaciones en que se dividian sus deudos y allegados, y hasta se atrevia á sostener que ayudaban á aquellos en su propaganda reformista todos los propietarios de fincas urbanas de las calles vecinas, ántes no muy bien vividas ni afamadas, y que con el atractivo de los centros oficiales esperaban ver repobladas y con los alquileres en alza.

Es lo cierto que lo pomposo y magnífico de la historia pública de que eran editores los partidarios de la reforma, no impedia que el *statu quo* contase con gran número de parciales, que comentando, anotando y extendiendo la historia secreta del asunto, habian conseguido importantes adhesiones entre todas las clases sociales y entre todos los partidos políticos de que se compo-

nia la entidad moral duradonesa, y que directa ó indirectamente no estaban interesados en la realizacion del proyecto.

Pero para observador tan atento como Juan Antonio de la marcha política de las cosas, que bien caminen por anchas y bien guardadas vias, bien se deslicen modestamente por estrechos y tortuosos senderos, siempre caminan en el mundo, cuando las pasiones de la multitud las conduce, al mismo paso y por iguales leyes regidas, no era dudoso que los reformistas llevaban á los estacionarios la inmensa ventaja que la unidad de miras y la disciplina de pareceres y aspiraciones presta siempre á los que caminan derechamente á un objeto, afirmando resueltamente que quieren alcanzarle para fines determinados y concretos.

Aunque su condicion de forastero y el carácter político de su candidatura le colocaran en cierta posicion independiente respecto de esta cuestion puramente local, Ruiz del Busto la vió sin sorpresa, aunque sí con disgusto, latir en el fondo de las influencias electorales que en favor ó en contra suya se movian en aquellos momentos, y decidió como buen político no despreciarla, antes bien aprovecharse de su existencia.

Pero ¿cómo? Esta era la dificultad, y dificultad no despreciable, toda vez que, confundida con la opinion política de sus partidarios, que la resolvian indistintamente en uno ú otro sentido, no era posible contraer compromiso alguno que no disgustase al núcleo contrario, ni menos mantenerse neutral, porque á tal extremo habian llegado las cosas, que los muñidores duradoneses de las elecciones pedian afirmaciones y exigian compromisos determinados en pro ó en contra de la malhadada reforma.

Poco trabajo hubiera costado á nuestro amigo decidirse en un asunto que, considerado en su esencia, le era del todo indiferente; pero no se determinaba á hacerlo á la ligera, temeroso de comprometerse sin datos seguros, y hasta tanto que, bien pesadas las fuerzas de las contradictorias opiniones, pudiera decidirse por aquella que más elementos sumase á los que la política ó las relaciones particulares le suministraban como propios.

Considerado así este asunto, y habiendo adquirido el convencimiento de que las fuerzas electorales que apoyaban su candidatura eran casi equivalentes á las que votarian la contraria, sacó fácilmente la consecuencia de que la llave de la eleccion era pre-

cisamente el dichoso proyecto, que diariamente enviaba en sus solitarias reflexiones á todos los diablos. Únase á estas el influjo que en todo corazon cortesano ejerce la vida de provincia, aunque se participe de ella en condiciones anormales, y que, por lo tanto, le prestan una ficticia animacion; la sociedad de su primo y tío, tan diferente de la que él acostumbraba á frecuentar, y el trabajo moral á que le obligaba el trato y comunicacion con personas que le hablaban un lenguaje y pretendian interesarle por cuestiones que no entendia ni queria entender, y se comprenderá que la vida de candidato no fuese para el contertulio y comensal de los más encopetados salones de la corte, lo que en estos se creia que fuera; una serie de almuerzos y comidas, más ó menos indigestas, pero suculentas, una no interrumpida sucesion de triunfos oratorios, y un besamanos continuado, algo, en fin, de lo que los escritores de costumbres electorales aseguran que son las elecciones en Inglaterra, país sin duda alguna muy apreciable, pero con el cual Duradon y su provincia no presentan punto alguno de contacto ni de racional comparacion.

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

EL PRIVILEGIO DE LA UNION.

(Continuacion.)

Para concluir esta série de observaciones acerca de la rebelion conocida con el nombre de *la Union*, á fines del siglo XIII, y que continuó en el XIV, tarea que emprendimos, sin pensar en darle tanto alcance, y que comenzamos por el exámen del anárquico privilegio titulado *privilegium generale Aragonum*, conviene transcribir las pocas líneas que el citado D. Juan Luis Lopez de Tarba, dedicaba á lo que llamaba legio de la Union.

III. PRIVILEGIUM.

Confirmata fuerunt hæc Regno Privilegia á Petro IV Rege, in Curiis Cesaraugustæ habitis ann. 1347, die VI Septembris, ut narrat Zurita, in *Annal. tom. 2, lib. 8, cap. 15*, & diximus in opúsculo, pag. 63. Sed Confirmationis litteram sive privilegium, hucusque non vidimus.

Para apreciar el alcance de estas líneas conviene dar una ojeada, siquiera sea rápida y algo tardía, sobre el estado político de Aragon, desde que comenzó á desarrollarse allí el elemento revolucionario, desde 1212 en la minoridad de D. Jaime el Conquistador, hasta el año 1348, en que D. Pedro el Ceremonioso rasgó con su puñal el anárquico privilegio, que habia sancionado el año anterior *d la fuerza y con protestas*.

El elemento revolucionario no existió en Aragon hasta principios del siglo XIII. Los oscuros sucesos de la *Campana de Huesca*, en gran parte legendarios, indican algun elemento le-

vantisco, pero más de ambicion que de rebeldía política, dadas las circunstancias irregulares de reinar un monge, Obispo y casado. Los reinados de Doña Petronila y su esposo, y de D. Alfonso el Casto y su mujer, muertos los cuatro en opinion de santidad, (dada la facilidad con que entonces beatificaba la aclamacion popular, no siempre discreta), pasaron sin ningun desasosiego político. Las virtudes privadas de los Reyes influian en la paz y la moralidad de los pueblos.

Cambióse la escena en el reinado de D. Pedro II, apellidado *el Católico*, el cual lo era al estilo protestante, *de fe sin obras*, pues su vida privada era desastrosa: le gustaban todas las mujeres, menos la suya. En vano fué á Roma á pedir á Inocencio III que le descasara. El Papa pronunció el inexorable, pero siempre justísimo, *Non possumus*. ¡Cómo el gran Inocencio, llamado el restaurador de la familia cristiana, habia de deshacer con una indulgencia intempestiva toda su obra de reforma, por complacer las liviandades de un monarca, algo botarate, aunque generoso, valiente y caballeresco?

Muerto en mala compañía, peleando contra los Cruzados, y en pro de los albigenses, de cuyos errores no participaba, y del Conde de Tolosa, su pariente, solemnísimo malvado, entre los muchos bribones de aquel tiempo, dejó á su hijo, tierno niño, en poder del Conde Simon de Montforte, caudillo de los Cruzados. La liviandad de D. Pedro II fué funesta para Aragon, como lo fué la de David para su reino y para los israelitas en general.

Seis años tenia D. Jaime cuando le trajeron á Cataluña en compañía del legado pontificio, que en nombre del Papa habia obligado al Conde Simon á que lo entregára á los catalanes y aragoneses.

El elemento revolucionario de Aragon, á principios del siglo XIII, reconoce cuatro concausas principales: 1.º Los errores políticos y sociales de los albigenses, que decian casi todo lo que hoy dice la Internacional, y á veces en algunas cosas, no solo con sus ideas y tendencias, sino con parecidas palabras. 2.º Las liviandades y conducta inmoral de D. Pedro el Católico, católico al estilo de muchos, que no ponen su moralidad en armonía con los fervores de su fe. 3.º La funesta minoridad de D. Jaime el Conquistador, triste consecuencia de las calaveradas de su padre.

4.º Las escisiones ambiciosas dentro de la Real familia, en la cual hubo desde entonces un gérmen de rebelion contra el Rey, fomentado por los parientes mismos del monarca.

Cualquiera de estas causas era suficiente elemento de perturbacion. ¿Qué serían las cuatro reunidas?

Vióse esto desde luego en el mismo instante de traer al niño á Cataluña. Sus tios D. Fernando y D. Sancho, Condes de Rosellon, quisieron apoderarse de su persona para mandar en su nombre. Conocida su ambicion, se acordó entregarle al Maestre del Temple para que le guardara y educase. Los ambiciosos tios tuvieron la avilantez de acusarle de ilegítimo, con ánimo de suplantarle. Desde entonces, y durante siglo y medio, la familia Real dió el escándalo continuo de conspirar contra el Rey. Y si los mismos personajes de la familia Real conspiraban contra su pariente, á quien ellos debian ser los primeros en defender y acatar y dar buen ejemplo en este concepto, ¿qué habian de hacer los súbditos y los vasallos?

Diez años tenia D. Jaime cuando entró á reinar: quísole prender su tio, el ambicioso D. Sancho; y tuvo que estrenar la coraza para pelear contra su propio tio (1217). Cuatro años despues formaron una liga contra él varios magnates de Aragon, que consiguieron ponerle preso. A duras penas logró escapar de la prision (1221); y bien pronto tomó la revancha, pues habiendo querido burlarse de él y desobedecerle D. Pedro Ahones, á quien halló cerca de Daroca, al frente de poderosa hueste, le mandó darse preso: trató el prócer de sacar la espada, y el Rey, jóven de 17 años, le atacó en el acto. La vida le costó al revoltoso D. Pedro, y la leccion no sirvió de escarmiento.

El Obispo de Zaragoza, hermano del D. Pedro Ahones, concitó al pueblo y al Clero de Zaragoza contra el Rey. Uniéronse al Prelado todos los nobles ambiciosos, la oligarquía de Zaragoza y Huesca, que simpatizaba siempre con los próceres revolvedores, y se puso al frente de ellos el malvado Infante Don Fernando, tio del Rey, con ánimo de destronarlo. Juntáronse con ellos el Conde de Bearne y la gente levantisca de Ribagorza, de donde eran señores el difunto D. Pedro de Ahones y su poco pacífico hermano el Obispo de Zaragoza. Con fuerzas muy superiores vinieron contra el Rey, que estaba sitiando á Cellas. Aconse-

jaba al Rey el anciano cuanto leal caballero D. Pedro de Pomar, que se retirase; negóse D. Jaime, y contestóle: «D. Pedro, yo soy Rey de Aragon: los que vienen ahí son mis súbditos naturales, que vienen contra mí *sin derecho ni razon*. Aquí los venceré, ó moriré.» Y los venció, y los traidores huyeron del joven Rey.

Al año siguiente, habiendo entrado descuidado en Huesca, le detuvieron preso. Hubo de disimular, y mandó preparar un gran banquete: aprovechando un momento oportuno, se escapó por una puerta secreta de palacio. Reuniendo algunos nobles leales y gente de las Comunidades, logró hacerse respetar, y atraerse al Conde de Bearne. Con esto hubieron los revolvedores de reconciliarse con el Rey, que los acogió benévolo, incluso su ambicioso tío D. Fernando, de caracter discolo, pues era *monje*, pero no *religioso*, y aspiraba á ser la segunda edicion de D. Ramiro el Monje. No seguiremos aquí paso á paso las peripecias del célebre reinado de D. Jaime primero, el conquistador de Mallorca, Valencia y Murcia, el Nestor de los Reyes del siglo XIII. Pero en lo que ya queda dicho, échase de ver el origen de *la Union de Aragon*, y su caracter, las concausas que hemos dicho, la diferencia entre la demagogia y la libertad, entre los fueros y libertades legítimas, y las usurpaciones tiránicas y anárquicas, arrancadas á la autoridad Real y depresivas de la monarquía, las ambiciones aristocráticas, las rebeldias infames de los parientes del Rey, el caciquismo oligárquico de los jurados de Zaragoza, Huesca y otros pueblos del Alto Aragon, procediendo en nombre del pueblo y contrastando con la lealtad de las Comunidades de Calatayud y Daroca, y de Cariñena y otros pueblos del Bajo Aragon, *democracia realista*, y los otros pueblos de Tarazona, Borja y otros territorios inmediatos, rayanos de Aragon y Navarra, tambien realistas, y con todo, verdaderamente democráticos en la acepcion genuina de esta palabra.

En medio de sus grandes cualidades, adolecia D. Jaime de las liviandades de su padre, y por allí le castigó Dios, por do más pecado habia; y como castigó á David con el alzamiento de su hijo Absalon. Contra D. Jaime se sublevó su hijo natural D. Fernan Sanchez, en los últimos años de este rey, atrayendo á su bando á todos los magnates, de largos años atrás descontentos. Al desnaturalizado bastardo Fernan Sanchez venció su mismo hermano,

el Infante D. Pedro y le hizo echar al Cinca, donde murió ahogado, como Absalon colgado de una encina.

A la muerte de D. Jaime, le sucedió (1276) su hijo D. Pedro III, apellidado el Grande (1276). La historia de Aragon toma desde entonces el aire de una epopeya. D. Pedro se constituyó en defensor de los oprimidos sicilianos, atrayéndose las iras de los franceses y las censuras de la Santa Sede. Además, por meterse á defender á los despojados Infantes de la Cerda, se malquistó con el Rey de Castilla.

En los momentos críticos en que el Papa, el Rey de Francia, el de Navarra y el de Castilla venian contra él, y un ejército de franceses y navarros entraba en Aragon por la canal de Verdun, aprovecharon los nobles ambiciosos y descontentos la ocasion oportuna para sublevarse contra el Rey en las tumultuosas y revolucionarias Cortes de Exea (1283), segunda etapa de la revolucion aragonesa, y verdadero comienzo de la Union. Necesitando de sus auxilios y recursos, hubo de acceder el Rey á todo lo que le quisieron pedir los revolucionarios, en mengua de la autoridad Real y provecho de la aristocracia levantisca y turbulenta (*). A esta segunda etapa revolucionaria, y primera de la conjuracion llamada de la *Union* sucedieron las Córtes de Ejea, las cuales á pesar de eso, y el privilegio general entraron á formar parte del derecho foral de Aragon.

Libre D. Pedro el Grande, casi milagrosamente, de la invasion francesa, que se estrelló ante los muros de Gerona, y despues de escoltar hasta la frontera al moribundo Rey que habia venido con poderosas fuerzas para destronarle, disfrutó poco de la victoria, pues murió en 1285, habiendo pedido antes humildemente absolucion de las censuras que se habian fulminado contra él por haberse metido en las honrosas, pero costosas y funestas, aventuras del socorro de los sicilianos, por cuyo motivo le habia sentenciado el Papa á perder el trono.

Por su muerte entró á reinar D. Alonso III, llamado por los aragoneses el *Liberal*, esto es, el *generoso*, segun queda dicho. Ahora se le da el título de *Liberal* en otro sentido. La ocasion no

* Véase el artículo primero y el *Privilegium generale Aragonum* á la pág. 116 de esta REVISTA, número 3.º de ella.

podía ser más propicia para los revolvedores, y no la desperdiciaron. Por no meterse en poder de estos, lo cual había costado tan caro á su padre y abuelo, quiso ante todo dar muestras de su esfuerzo, marchando á la conquista de Mallorca, torpemente separada de la nacionalidad aragonesa, por el indiscreto testamento de D. Jaime. Lleváronlo muy á mal los de la Union, y, al volver ceñido con el lauro de la victoria, le reconviniéron por haberse titulado Rey de Aragon *sin haber jurado los fueros*. La respuesta que dió á su tío D. Guillen de Entenza, pues era de rigor tener siempre al frente de la revolucion algun pariente del Rey, descontento ó traidor, fué muy sagaz. — Que no le había parecido bien titularse Rey de Mallorca antes que de Aragon.

Al coronarse en Zaragoza se le exigió por la oligarquía de aquella ciudad que le reconociese este derecho de coronarse allí, pues tenían los de Zaragoza el empeño de que la Corte residiera siempre en aquel pueblo, que los Reyes tuviesen siempre las Cortes allí, y que el Justicia, que era un Juez que acompañaba al Rey y administraba justicia en nombre de este, y por lo común, por donde iba el Rey, tuviese siempre el tribunal allí, fijo é independiente del monarca. D. Alonso no quiso por entonces reconocer ninguno de estos pretendidos derechos de demagogia cortesana, que tendían á tener siempre al Rey preso en Zaragoza, y á merced de sus caciques; ántes contestó con altivez que «al coronarse en aquella ciudad, no reconocía á Zaragoza derecho preferente y exclusivo, ni quería despojar del suyo á las otras ciudades de Aragon». Irritados con esta respuesta los zaragozanos y los nobles levantiscos, que allí habían erigido su baluarte de rebelion y cárcel del Rey, exigieron que despidiese á sus consejeros, y le impusieron los que bien les pareció, y al frente de ellos pusieron á su pariente D. Pedro, Señor de Ayerve. El Rey tuvo que marcharse de Zaragoza, y convocó Cortes en Huesca, no en Zaragoza, como querían los de la Union.

Mientras el rey estaba en la conquista de Menorca, los de la Union revolvián en Valencia aún más que en Aragon, por supuesto en nombre de la libertad, la cual consistía, como es de suponer, en atropellar á los indefensos y robar á los pueblos, comenzando por embargar y repartirse las rentas Reales. El pretexto era que los valencianos se rigieran por los fueros de la Union.

Cansados de tropelías los más honrados de los pueblos de Aragon, y los menos malos de la Union, vinieron á las manos, estalló la guerra civil, y el Rey hubo de convocar Cortes en Tarazona. Los revolvedores de oficio trataron de imponerse al Rey; pero este, apoyado en los realistas, ó *realencos*, del país y de las Comunidades, logró sobreponerse, y mandó ajusticiar á doce de los más atrevidos. Esta *campanada* de Tarazona hubiera salvado quizá al país, si el Rey hubiera tenido más teson, y no se hubiera metido en Zaragoza, cayendo en la ratonera. Habiendo entrado en esta ciudad á mano armada, convocó allí Cortes, y dejándose vencer por halagos y ofertas, y no contando ya con la gente armada con que habia venido, ántes al contrario, puesto á merced de la oligarquía zaragozana, pasó de vencedor á vencido, y aún más, suscribiendo el dia 28 de Diciembre la *inocentada* de que ya queda hecha mencion.

No se explica apenas aquel acto de gran debilidad de un monarca, poco ántes triunfante de la revolucion aristocrática y de la oligarquía zaragozana, sin otro triste suceso que abatió al Rey. El Papa Martino IV, francés, habia excomulgado al Rey de Aragon, como queda dicho. Honorio IV se dejó influir por Felipe el Hermoso, que tan funesto habia de ser para la Santa Sede. Pagando malamente á D. Alfonso el favor que habia hecho á su padre, Felipe el Atrevido, y á él, de dejarlos salir vivos de Aragon, indujo al Papa á excomulgar tambien al Rey D. Alonso y á su hermano D. Jaime, Rey de Sicilia. Cerráronse las iglesias, y los descontentos, aunque nada piadosos, concitaron no poco al pueblo contra el Rey, y atizaron el disgusto. En tan críticos momentos fué cuando la revolucion corrió su cuarta etapa, y ganó la partida, arrancando al monarca el privilegio de la Union, y coronando la obra que habia incoado en las Cortes de Exea, adelantado en el *Privilegium generale*, y terminado en Zaragoza el día de Inocentes de 1287.

VICENTE DE LA FUENTE.

(Se concluirá.)

UNOS VIENEN Y OTROS VAN.

Por un misterio profundo,
Que al hombre velado está,
En la sucesion del mundo,
Uno viene y otro va.

Los que van, los que vinieron,
Sienten la misma afliccion:
Los muertos por lo que fueron,
Los vivos por lo que son.

Y solo en vivir resuelven
Los hombres todo su afan,
Y los que se van no vuelven,
Y los que vienen se van.

Ambos á la vez suspiran
En ansias de opuesto bien:
Los vivos por lo que miran,
Los muertos por lo que ven.

Oscuro arcano contiene
La vida que el mundo da;
Viene llorando el que viene,
Va muy triste el que se va.

Por costumbre ó por manía,
Que no alcanza mi razon,
Causa el que nace alegría,
Causa el que muere afliccion.

Siempre de esta vida amarga
Distintas cuentas se harán:
Para los que llegan larga,
Corta para los que van.

¡Qué tristes esfuerzos hacen!
¡Qué pena deben sentir!
Los que nacen, cuando nacen;
Los que mueren, al morir.

Secreto sabio y profundo,
En que los hombres no dan;
Desde el principio del mundo,
Unos vienen y otros van.

JOSÉ SELGAS.

CRÍTICA DRAMÁTICA.

EL GRAN GALEOTO, drama en tres actos en verso precedidos de un diálogo en prosa, por D. JOSÉ DE ECHEGARAY.

ARTÍCULO II.

Sentado ya y demostrado que el pensamiento del drama, tal como el autor lo ha concebido, no solo es erróneo, sino absurdo, y que el Sr. Echegaray se ha equivocado de medio á medio al proponerse realizar lo que era de suyo irrealizable; demostrado también que el intento de hacer un drama en forma de tesis debe estimarse como contrario á la naturaleza del arte, porque pone forzosamente al poeta en el triste caso de subordinar lo que hay de más esencial y fundamental en el poema dramático (esto es, los caracteres y las pasiones) á las exigencias ineludibles de la idea que se quiere demostrar, cúmpleme decir algo sobre los recursos empleados en *El gran Galeoto* para dar á la susodicha tesis carácter é interés de fábula escénica.

Desgraciadamente, cómo la tesis que el autor plantea es falsa, y por consiguiente indemostrable, los elementos de que se ha valido Echegaray en su conato de demostración no podían ser verdaderos. De este pecado original se derivan los principales defectos de la obra, y sobre todo la indecisión de los caracteres y la falta de realidad humana de cuantos personajes intervienen en la acción. Si estos no fuesen, más que seres reales, figuras de convención trazadas con un fin preconcebido, y cuyas acciones se dirijen á realizar ese mismo fin antes que á proceder como procedería cualquiera persona que se encontrara en caso análogo y obrase razonablemente, el autor no probaría su tesis; pero en cambio los interlocutores del drama tendrían el sello de verdad sin el cual ninguno logra identificarse con los sentimientos del espectador.

Ni Teodora, ni Ernesto, ni D. Julián, á quienes se ha querido hacer buenos y amables, lo son de la manera que convendría para que el espectáculo de sus desventuras nos conmoviese profundamente. Aun aceptando como cosa natural que personas virtuosas y honradas lleguen al extremo de dejar de serlo por hacer buena la calumnia que propala que no lo son, tendríamos que condenar el desacierto con que el Sr. Echegaray hace que esas mismas personas procedan en ocasiones de suerte que la maledicencia tenga pretexto, en cierto modo razonable, para suponer lo que supone.

Si la calumnia fuese enteramente gratuita; si no sucediera nada en la obra capaz de despertar las hablillas de los maldicientes, el autor habría conseguido su objeto, y el anatema lanzado contra los murmuradores sería más justo y haría más repugnante y odiosa la murmuración. Pero el público mismo, á quien se le está diciendo constantemente que Teodora y Ernesto no se aman ni deben amarse, llega á sospechar que el cariño de ambos es algo más que de hermanos adoptivos, y que ni ellos ni D. Julián hacen bien en no adoptar una resolución prudente para evitar suposiciones deshonrosas.

De contradicciones de esta índole hay repetidos ejemplos en todos los personajes del drama, exceptuando á Doña Mercedes y á D. Severo, cuyo implacable rigorismo abulta cuanto malo se sospecha ó dice de otros, y no se desmiente jamás, tal vez por la predilección con que el autor mira en sus creaciones lo aborrecible y anti-humano.

Con semejantes elementos (tan contrarios á la verdad de la naturaleza, y tan opuestos á lo que acontece en el mundo) no es dable producir en el teatro aquella saludable emoción que engendran afectos realmente humanos expresados con sinceridad y belleza artística. Á lo sumo se conseguirá excitar los nervios del auditorio, y hacer prorumpir en aplausos á los que se dejan deslumbrar é impresionar por el oropel de la fantasía, la cual procura suplir con exageradas pasiones, lo que no sabe encontrar en la pura y delicada esfera del sentimiento. Á inspirarse en ella Echegaray, no habría tropezado y caído con tanta frecuencia, ni malgastado sus facultades en pintar afectos que pugnan con los que abriga el corazón, ni trazado escenas tan falsas, tan imposi-

bles en la vida real como la novena del acto tercero. Fuera de que quien truena tan justamente contra la calumnia, debiera no calumniar en su obra á la naturaleza humana, suponiéndola capaz de producir seres que sientan y hablen del modo que lo hace D. Julián en el tercer acto de *El gran Galeoto*.

Menos desdichado que en la idea fundamental del drama y que en los caracteres y pasiones de los personajes que en él intervienen, ha estado el poeta en la disposición y estructura de la fábula. El primer acto, sobre todo, aparece ordenado y compuesto con suma naturalidad y con gradación muy atinada. Hubiera la misma sobriedad de artificio en los dos siguientes, y *El gran Galeoto* sería en tal concepto la obra mejor trazada de Echegaray. Pero la clara y lógica distribución del primer acto no se sostiene en el segundo, y desaparece por completo en el tercero, que es el más flojo de todos. Cierzo que el público ha coronado de aplausos la peripecia final del acto segundo, considerándola como situación de primer orden, aunque no pasa de ser uno de tantos lugares comunes repetidos mil y mil veces en comedias y novelas. Mas ni esos aplausos, ni los prodigados al acto tercero, harán que los dos últimos valgan tanto como el precedente.

De lo dicho hasta aquí se deduce que *El gran Galeoto*, encomiado como no lo ha sido ninguna de las obras maestras que han enriquecido en nuestros días el teatro nacional, está muy lejos de ser «un prodigio de talento, de inspiración, de verdadero arte dramático,» y que no «marca en Echegaray un nuevo autor.» Inferior á otros dramas del mismo poeta, escrito con arreglo á su sistema de siempre, si algo tiene de nuevo, comparado con los anteriores, es la extravagancia del título, y la no menor del mal logrado propósito de convertir á *todo el mundo* en gran alcahuete. Semejante novedad ¿puede estimarse loable? Decídanlo las personas de recto criterio.

No daré fin al presente artículo, sin apuntar algunas observaciones acerca del estilo, del lenguaje y de la versificación del nuevo drama. Cuando se ha llevado la hipérbole encomiástica al extremo de suponer que no hay nada más inspirado ni *mejor escrito* que *El gran Galeoto*; cuando gentes que procuran influir é influyen en la opinion aseguran que «todo resultaría pálido en comparación de la magia irresistible..... de aquella versificación

tan correcta, tan sonora y tan levantada,» no es posible pasar por alto aseeraciones como estas. Porque, á decir verdad, aquello en que más flaquean las obras de Echegaray, y en que pudiera ser más perjudicial á la juventud imitarlas, es precisamente lo que tanto exaltan y subliman los encomiadores del poeta. Ni se concibe que personas ilustradas tengan por sin igual é insuperable la forma de *El gran Galeoto*, defectuosísima á todas luces.

Por punto general el estilo de Echegaray, lo mismo en prosa que en verso, peca de artificioso, de incorrecto, de hinchado, de galicista, y rinde parias al mal gusto que busca el efecto de los períodos y cláusulas, no en la elegante sencillez, ni en la concisión, claridad y tersura de la frase, sino en la acumulación de imágenes desaforadas, en la especie de churriguerismo filosofesco que hoy priva tanto, y que á juicio de los ignorantes pasa por signo de superior elocuencia.

Ni anda más acertado nuestro autor en lo que toca al lenguaje, abundante en impropiedades y solecismos, plagado de voces mal aplicadas y de trasposiciones violentas, lleno de giros extraños á la índole propia de la buena elocucion castellana.

Y no hablemos del prosaismo, dureza y frecuentes rípios de la versificación, no menos escabrosa y desaliñada que el estilo y el lenguaje, porque sería proceder en lo infinito.

Para quien no ve ó no quiere ver aquello mismo que tiene delante de los ojos (cegados por la pasion ó el cariño), fuera inútil toda demostracion encaminada á desengañarlo.

Para los que entienden algo de estas materias, y las juzgan desapasionadamente, no es necesaria más comprobación de lo dicho que los versos de *El gran Galeoto* citados en mi artículo anterior. En ellos hay materia sobrada para que las personas de buen gusto comprendan la exactitud de estas observaciones, y la imperdonable falta que cometen aquellos mal aconsejados críticos que realzan á las nubes, como si se tratase de muy primorosa joya, la imperfecta forma de un drama tan estrepitosamente aplaudido como poco digno del extraordinario triunfo que en gran parte le han proporcionado (con notorio desconocimiento de lo que es bello en el arte) la pasión, la ignorancia y la rutina.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

Notable expectacion y curiosidad despertó en todos los amantes de las ciencias filosóficas y teológicas en España, el certámen abierto, tiempo há, por la Real Academia de Ciencias morales y políticas, á instancias del Marqués de Guadiaro, para premiar memorias sobre el tema *armonía entre la ciencia y la fe*, con el propósito y esperanza de que sirvieran de contraveneno á la obra del positivista *yankée* William Draper, rotulada *Conflictos entre la ciencia y la religion*, que con grande estruendo y en inusitado número de ejemplares, habia sido divulgada por los racionalistas y libre-pensadores, ya en su original, ya en perversas traducciones francesas, castellanas é italianas.

El éxito de tal librejo era, del todo, éxito amañado y de secta. Redúcese el volúmen á una série de retales de la *Historia de la cultura europea*, escrita años antes por el mismo Draper, tan afortunado fisiólogo y distinguido matemático como historiador infeliz, á juicio de sus mismos correligionarios. *Los conflictos* carecen no sólo de estilo y de arte de composicion y de diction, sino hasta de método, plan y concierto. Especies inconexas, afirmaciones gratuitas, ligerezas, imperdonables en materias históricas, y crasa ignorancia en ciencias especulativas, tal y como podia esperarse de un tan fogoso partidario del método experimental y de *induccion* como único y sólo, mézclanse allí en largos capítulos, donde nada sorprende ni maravilla, á no ser el portentoso desenfado del historiador, y su diabólica saña de sectario contra la Iglesia católica. Ni será temerario afirmar que (prescindiendo del mayor conocimiento de ciencias naturales) *Los conflictos* no indican progreso alguno sobre la critica materialista y rastro de los volterianos y discípulos de la *Enciclopedia*. Páginas hay en la obra del profesor norte-americano que parecen arran-

cadass del *Origen de los cultos* de Dupuis, ó del *Sistema de la naturaleza*, ó de cualquiera de los *pamphlets* anticristianos, que forjaron en comandita los tertulianos del Baron de Holbach. Y aun en materias indiferentes, es Draper guia muy poco seguro. ¿Qué decir de quien pone en la escuela de Alejandria el origen de la ciencia, dejando en olvido todo el portentoso desarrollo *ante y post socrático*?

Tal libro, no de *vulgarizacion*, sino de *vulgarismo* científico, obra de un *dilettante* en materias filosóficas (aunque en otras se le conceda no vulgar loa), ciertamente que no merecería los honores de seria refutacion, á no ser por el estruendo y coro de alabanzas que en torno de él levantaron los enemigos de la verdad. Quizá por lo mismo que es tan ramplona su incredulidad, y tan propia para soeces paladares, alcanzó mayor notoriedad y fama; porque lo cierto que ni siquiera le salva la lucidez y brillo del estilo que tantos libros medianos suele levantar.

Pero hemos de confesar que el escándalo se produjo, y era necesario y urgente atajarle. Dos traducciones castellanas, una del francés, y otra *directamente* del inglés, aderezada con un retumbante y *superferolítico* prólogo del Sr. Salmeron, se imprimieron, y se vendieron, y se agotaron.

La defensa de los católicos fué valiente y generosa. Comenzó por divulgar el Sr. Ortí y Lara, con un prólogo suyo, la breve y discreta refutacion del P. Cornoldi.

Dos medios se ofrecian para responder fácil y victoriosamente á las calumnias de Draper. Era el primero adoptar el método histórico, y seguir paso á paso los capítulos, párrafos é incisos del libro original, contestando á cada una de las objeciones, desbaratando cada una de las mal formadas pruebas, y rectificando cada uno de los hechos y testimonios que Draper aduce. Así lo hizo á las mil maravillas el P. Tomás Cámara, de la Orden de San Agustin, en un libro que llenó de regocijo á los católicos españoles, y que no será olvidado en los anales de la ciencia patria.

Otro camino se presentaba: el de tomar la cuestion en abstracto, y remontándose á los primeros principios, exponer la naturaleza y las íntimas relaciones de la ciencia y de la fe, refutando, ya á los que las identifican y confunden, ya á los que te-

merariamente quieren suponer entre ellas antinomias y conflictos. Tal fué la empresa de que gallardamente salió el presbítero catalan, Sr. Coméllas Cluet, demostrando talento filosófico de primer orden, sóbrio, penetrante y preciso.

Pero el certámen de la Academia aún pedia más: debian enlazarse ambos procedimientos, y resultar de entrambos una apología completa y victoriosa de la Religion contra la falsa ciencia. Grandísimo fué el número de memorias presentadas, pero con general asombro, y á pesar de infinitas noticias y rumores que antes habian hecho presumir lo contrario, súpose que la Academia no habia juzgado ninguna de ellas digna de premio, y en cambio queria conceder, sin distincion alguna de mérito, cuatro *accessit* á cuatro memorias, que por lo visto tenian la cualidad más rara del mundo: la de ser iguales en mérito, sin discrepar ni en un ápice. Semejante sentencia no contentó á nadie, y fué por largos dias ocasion de hablillas nada lisonjeras para el tribunal académico. El promotor del certámen tampoco se dió por satisfecho, y destinando á otro objeto caritativo la suma que para premio habia depositado, publicó en un folleto las piezas del proceso, y dejó que la Academia saliera, como pudiese, de aquel mal paso. La Academia lleva publicadas hasta ahora (á sus expensas, por de contado) dos memorias. Una de ellas, la del señor Ortí y Lara, y de ella hablaremos en otra revista. Tambien esperamos con impaciencia la de nuestro querido maestro el señor Rubió, que será (á no dudarlo) digna de su saber é ingenio.

Casi simultáneamente con la memoria del Sr. Ortí y Lara, se ha puesto á la venta, en primorosísima edicion por cierto, un libro titulado *Armonía entre la ciencia y la fe*, cuyo autor es el Padre Miguel Mir, de la Compañía de Jesus.

Obra fué esta de las presentadas al certámen y de las premiadas en él, aunque el autor renunció generosamente á tal distincion, y ni siquiera la consigna en la portada, ni en lugar alguno de su Memoria.

Hace algunos años que conocemos y tratamos familiarmente al P. Mir: no poco hemos tenido que aprender de su apacible y discreta conversacion, y hemos leído y saboreado con deleite sus prólogos á las obras de Rivadeneyra y Nieremberg, en los cuales

parece revivir el abundante y lácteo estilo de nuestros mayores prosistas.

Pero el nuevo libro deja muy atrás cuantas esperanzas podían fundarse en la ciencia y literatura del egregio jesuita, quien se nos muestra á un tiempo encumbrado teólogo, filósofo de recto y severo juicio, á la vez que de generosa audacia y originalidad peregrina en desarrollos y conclusiones, hábil polemista, hombre docto y experimentado en las ciencias naturales, y en las del cálculo no menos que en las históricas, delicado é ingenioso moralista, y muy conocedor de las enfermedades que aquejan al entendimiento y á la voluntad humanos, erudito de vária y bien digerida lectura, así clásica como de Santos Padres ó de pensadores de nuestros dias, y por corona y remate de todo, maestro y señor de la lengua castellana, cuyas más escondidas riquezas hace patentes, demostrando victoriosamente con el ejemplo, cien veces más útil que todas las discusiones y teorías, la aptitud extraordinaria de nuestro romance para interpretar las más soberanas especulaciones y los más sutiles conceptos de la mente. Lauro es este de la lengua y del estilo, que el P. Mir alcanza solo ó casi solo entre nuestros escritores de asuntos filosóficos en este siglo. A todos les ha dañado más ó ménos la falta de sentido artístico, y el no haber educado su gusto y su oído con la lectura de los ascéticos de la Edad de oro. No hablemos de los importadores de filosofías germánicas y francesas, todos ellos tan ruines en la lengua como en los conceptos. Pero entre los mismos católicos, ¿cómo dudar, v. gr., que á Balmes le dañó el ser forastero en la lengua, y que Donoso Cortés escribió en un estilo *sui generis*, medio asiático por la pompa, y medio francés por el sabor, elocuente á las veces, y á las veces enfático, y aunque digno de admiración en muchos pedazos, ejemplar poco seguro para la imitación, lo mismo por sus brillantes cualidades que por sus defectos más brillantes todavía?

No es así el P. Mir. Su estilo trae á la memoria los más floridos tiempos de nuestra lengua. Por la dulzura y apacibilidad recuerda á Rivadeneyra, por lo sereno y majestuoso al P. Sigüenza, por la riqueza y brillantez de la frase, á Malou de Chaidè, por la facilidad de dar cuerpo á las ideas abstractas, á Fr. Luis de Leon. Sin dejar de ser didáctica la elocuencia del P. Mir, es animada y

viva, como si quisiera persuadir y vencer á un tiempo el corazon y la inteligencia. Exenta á la par de relamido artificio, muévase y fluye con abundancia reposada y halagüeña, y es siempre lúcido, terso y acicalado, con perfeccion igual y sostenida. No es la correccion del P. Mir esa correccion *negativa* y enteca, que consiste solo en la ausencia de defectos: es el *positivo* dominio de la lengua, con poder para decirlo y expresarlo todo, de manera tal, que convence y enamora.

Ni es un libro rico de frases y primores de decir, y vacío de ideas, sino libro de alta filosofía, y en que se agitan las más altas cuestiones que pueden ocupar al humano entendimiento. Sobremanera fácil y sencillo es el plan, y tan lógico y bien trabado, que de una mirada se abarca, y sin fatiga, antes con deleite del lector, se sigue, porque no es ese aparente rigor sofisticico que en muchos libros deslumbra, sino orden lúcido que nace de la misma naturaleza é íntima esencia del asunto. No juzgó necesario el P. Mir (é hizo bien) descender al análisis del libro de Draper, aunque por incidencia, y conforme le iba presentando ocasion el progreso de su apología, no dejó sin el merecido correctivo ninguna de sus aseveraciones. Pero un entendimiento tan claro y penetrante como el de nuestro apologista no podia contentarse con tan leve triunfo. Debía remontarse más, y así lo hizo, exponiendo en tres capitulos, que son de oro, lo que la ciencia es y las condiciones que ha de tener el conocimiento científico, lo que la ciencia vale en el entendimiento, y lo que ha significado en la historia, los límites de la ciencia, y la necesidad de otra luz superior que complete lo deficiente, aclare lo oscuro, y sea criterio y norma de verdad para los principios de un orden superior, y que por sus propias fuerzas no alcanza el entendimiento humano.

Salvado así con no poca destreza el escollo en que suelen naufragar los tradicionalistas por apocar demasiado los límites de nuestra razon, habla el P. Mir, con elocuencia suma, de la fe, y del orden sobrenatural, y de cómo influye en el natural, y cómo le realza, y cuán estrecha y amorosamente se abrazan en la idea y en el plan divino.

Probada la armonía de ciencia y fe, con lo cual carecen de sentido, y han de tenerse por blasfemias todo género de soñados conflictos, ni más ni menos que la hipócrita afirmacion averroista

de que una cosa puede ser verdadera segun la fe, y falsa segun la razon, procedia investigar psicológicamente el origen del susodicho fenómeno patológico de la inteligencia, llamado conflicto; y el P. Mir, compitiendo con los más sutiles escudriñadores de los motivos de las acciones humanas, ha dibujado de mano maestra el exclusivismo científico, la soberbia de los doctos, el influjo de pasion y de la concupiscencia, y todo lo que turba y extravía la recta aplicacion de las potencias del ánimo á la investigacion de la verdad.

Abiertas así las zanjias de la demostracion, ¿qué es lo que queda de los conflictos? ¿Cómo no han de deshacerse, al modo de ligera neblina, cuando se repara que proceden, ó de mala y torpe comprension de las verdades de la fe, ó de una exegesis anticuada é incompleta, ó de un *dilettantismo* y superficialidad científica imperdonables, ó de confundir lo cierto con lo dudoso, y dar por tésis la hipótesis, y por historia las conjeturas, ó, finalmente, de la ignorancia y mala fe y depravacion de todos aquellos á quienes estorba Dios, y que de buen grado quisieran arrojarle del mundo?

El P. Mir, sin embargo, recorre toda clase de objeciones, así las físicas como las históricas, lo mismo las que pomposamente invocan el auxilio de la geologia y de la paleontologia como las que quieren basarse en la observacion de los hechos sociales. Y entre otras verdades, negadas ó desfiguradas por la falsa ciencia, saca triunfantes la de la creacion y la obra de los seis dias (materia que trata con admirable seguridad y aplomo), y la distincion esencial de la materia y del espíritu. En cuyo lugar, y recordando las célebres palabras de Bois-Reymond, muestra á maravilla cuánto hay de hipotético y gratuito, cuánto de mala metafísica á su modo, en esas escuelas positivistas, que se dicen enemigas juradas de toda metafísica, y que serán siempre impotentes para explicar cómo el movimiento se trueca en sensacion.

Con igual tacto están discutidas las modernas hipótesis relativas al origen de las especies, y á la evolucion; siendo de notar que el autor no las excomulga en globo y á ciegas, ni carga á todo evolucionista con el dictado de hereje, ni niega la parte de verdad relativa que álguien pudiera encontrar en ese sistema

aplicado á las especies inferiores, ni desconoce el valor de algunas de las observaciones y experiencias de Darwin.

El corto espacio de que en esta REVISTA disponemos, nos impide analizar más menudamente este precioso libro, que ha de figurar sin duda entre los primeros y más serios de la moderna ciencia española, y que bastaría por sí solo para demostrar á los preocupados que la Compañía de Jesus, una de las mayores glorias de España, madre nobilísima de pensadores como Vázquez Molina y Suárez, y de escritores de tan prodigioso estilo como Rivadeneyra y Martin de Roa, no deja de colmar de alegría y de gloria á los buenos estudios, aun en nuestros miserables dias.

M. MENENDEZ PELAYO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO

Como nuestros lectores leen periódicos, están al cabo de la calle de todas las menudencias y grandezas de la política en estos quince días, saben al pormenor y en detalle, no solo lo que hubo, sino lo que pudo haber habido, y aun lo que no habrá jamás. De todo ello resulta, bien depurado en los crisoles de la crítica, que todo sigue lo mismo, en el interior y el extranjero; esto es, que nadie se entiende, ni demócratas ni reaccionarios, que la division y el fraccionamiento, consecuencia forzosa del individualismo racionalista que nos corroe, sigue haciendo de las suyas, y que, faltos de toda direccion, autoridad, trabazon y enlace, principios é intereses, ruedan y se chocan, semejantes á los torbellinos de átomos de Descartes, sin que surja aquella feliz casualidad que los ordena y dispone á un fin tan grandioso como la creacion, y que tienen reservada para su uso los fundadores de las escuelas atomistas.

Desconocidos ó renegados los ideales eternos de la Religion, de la razon y de la justicia; desobedecidas ó negadas las autoridades puestas por Dios para regir las almas y los cuerpos; destruidas ó burladas las leyes morales y jurídicas que regulan y encaminan las acciones de las personalidades; escarnecidas ó ignoradas las reglas de la dialéctica y de la moral, cada hombre funda Iglesia por sí, establece escuela, profesa religion interna y partido propio, segun el incesante voltear de su imaginacion desarreglada, de su voluntad veleidosa, de su capricho del momento, mudables en toda ocasion y cuestion, como veletas giratorias, sensibles á todo viento de novedad en las regiones de la doctrina.

De aquí, que fuera de Dios, cuyo divino plan á nadie es permitido turbar, y que deja á la sombra poner sus pinceladas oscuras al lado de las que El hace poner á la luz para la armonía final de su obra, sus representantes en la tierra andan confusos y vacilantes, unos sin norte y sin timon, otros sin rumbo y sin velas, y aun aquel que tiene brújula infalible y gobernalle imperecedero, piensa y medita antes de imprimir á la nave este ó aquel movimiento, conveniente para la manobra, por carecer de la seguridad que dan los vientos favorables ó contrarios cuando son permanentes y fijos en este movable é inconstante remolino en que todos nos agitamos.

Fuera de aquella esfera inmutable en que, fija la vista en el motor inmóvil de Dios, se repiten los oráculos infalibles, en las demás, la prudencia que las regula, vacila, falta de datos, para estimar el verdadero estado de los espíritus.

Y faltan estos datos, porque borradas las líneas divisorias y las demarcaciones fronterizas, destruidos los puntos de reunion, olvidados los gritos para reunir á los dispersos, bogamos todos sin saber cuáles son nuestros amigos ó enemigos, cuáles nuestros afines ó contrarios; y aun dudamos nosotros, al considerar nuestro sistema, cuál es el ver-

dadero campo á que pertenecemos, dada la completa confusion y mezcla de todos los campamentos.

Así que, vivir al día, esperando lo que ha de suceder, es el lema de todas las pasiones, el interés del momento é individual, el móvil supremo de los actos; la falta de prevision, la casualidad y lo desconocido, los efectos, los númenes y la esperanza de casi todos los corazones.

En España, los católicos y monárquicos no se entienden, fuera de la comun negacion revolucionaria y de la comun esfera de la fe; los conservadores se entienden ménos, aun fuera de algunos símbolos que diversamente interpretan; los liberales, hoy por hoy, solo están de acuerdo en conservar el poder, para cuyo efecto tienen ya pie forzado: la inaccion; los demócratas no pueden juntarse más que para reñir y señalar al mundo lo colosal de sus respectivas diferencias.

Así, solo es la reina la opinion, pero la opinion de cada dia, que adora hoy lo que quemó ayer, dispuesta á volver á quemarlo mañana. Opinion flotante y baladí, juzgada en las prensas de la imprenta, al calor de lo ménos sabio, de lo ménos permanente, de lo ménos social que se agita en la superficie de las esferas ficticias de la patria.

Los partidos populares buscan sus fallos en la sonrisa del Monarca, los monárquicos en los furores de la plebe, los conservadores en el gesto de este ó del otro general, los plebeyos en los salones de la aristocracia, los nobles en lo que arroja entre dos luces sobre un papel el trasnochado periodista, sin fe, sin ciencia, sin posicion social, sin más derechos que su audacia y la paciencia de sus lectores.

¡La opinion! Esto es, el consentimiento de los más. Problema tan imposible de averiguar en política, como la cuadratura del círculo en matemáticas.

Los resultados que nos entrega la eleccion directa, el sufragio, el plebiscito, los periódicos, los casinos, los clubs, los cafés, son resultados ficticios, como lo demuestran cada día las crisis palaciegas y los pronunciamientos militares, invariablemente seguidos de triunfos espléndidos en los comicios.

Y si bien se mira la cosa, no puede ménos de suceder así, dado el procedimiento que se emplea.

Dejemos á un lado la eleccion á que las simpatías personales, el interés privado, la pasion gubernamental tienen más parte que la opinion política de los electores; abandonemos el periódico, á que la costumbre, la recomendacion, las noticias, el estilo de los redactores, la impresion, el grabado, hasta la hora en que se reparte influye en su suscripcion más que las ideas que sostiene; y no digamos nada del casino, del club y del café, donde privan más los pulmones, los aires de maton ó el abono del consumo de los demás, que todas las creencias políticas, y consideremos la opinion en su expresion más lata, más impersonal, más genuina:

El plebiscito.

Aun suponiendo, que es suponerlo casi todo, absoluta independencia y omnimoda libertad, generalmente cuando damos nuestra opinion en un plebiscito político, la damos teniendo en cuenta la opinion de los demás, y venimos á decir lo siguiente: «votamos esto, porque, dado el estado general de la opinion (que suponemos), esto es lo más conveniente ó posible.» De aquí, que el resultado del plebiscito sea solo probable, pues aunque todo individuo sabe lo que quiere, y en eso no puede equivocarse (aunque se dan casos, sobre todo por sufragio universal), puede equivocarse en lo que supone que quiere cada uno de los demás.

Así, para que el plebiscito fuese verdadero, sería necesario que

cada uno votase lo que él cree mejor en absoluto, como pretension completa de la opinion de los restantes. Del resultado general brotará la verdadera voluntad del pueblo interrogado.

Y para hacerlo aún mejor, las preguntas no deberian estar formuladas en términos y palabras de bandería, secta ni partido, sino en frases nuevas que explicasen la esencia de las cosas, y que no resonasen en el oído como la música conocida en nuestras discordias, y tan divinamente interpretada y comprendida.

Mientras esto no se haga, y no se hará jamás, resignémonos á ser gobernados por minorías turbulentas, apoderadas del poder por audacia, por intriga y por sorpresa, y á ver el *verbum pecum* de los demás aplaudir al *dios éxito* que las protege por el sencillo procedimiento porque salió absuelto aquel empedernido criminal, cuyos jueces, concordes en condenarle, le absolvieron, porque no queria ninguno singularizarse siendo el primero en sentenciarlo á muerte.

Todo esto que vemos en España en casi todo el transcurso de su moderna historia, y que acaba de ponerse más de bulto en el último cambio ministerial, hasta las conferencias de Biarritz inclusive, es lo que sucede en Francia y en Italia, en Bélgica y en Portugal, y en casi todo el continente europeo. Quien así no lo viere, debe ser ciego y mudo á las enseñanzas que de los vaivenes de la política menuda se desprenden todos los días.

No pretendamos, pues, averiguar lo que nos tiene reservado el destino. En España, seguirá el ministerio Sagasta sin hablar, para poder entenderse; los revolucionarios callarán, si no quieren excomulgarse mutuamente; los conservadores seguirán á Cánovas, so pena de desmenuzarse, porque los tiempos del historiador romano han vuelto á reproducirse en la historia: *tot homines, tot sententiæ*.

En Francia, Gambetta, á pesar de la derrota que en el Senado recibió su programa electoral, seguirá mientras él mismo no se hunda, merced al desacuerdo de los liberales sinceros, de los conservadores republicanos, de los monárquicos, y aun de los mismos legitimistas. En Italia, las desavenencias de la izquierda dan el triunfo á la derecha, y los monárquicos favorecerán el advenimiento de la república, contrariada por los odios de los enemigos de la monarquía; *et sic de cæteris*....

En Rusia no se acabará con el *nihilismo*, porque éste hallará gran apoyo en la falta de acuerdo de los demás. En Alemania, el socialismo hará progresos por la diversidad de criterios al combatirle, y el día en que estas puras negaciones triunfen se dividirán en el campo de las afirmaciones. La masa comun de todos los pueblos verá impasible, ó ayudará torpe y criminalmente á todos y cada uno de los verdugos, y el arca santa del poder verá mudarse sobre su trípode los ídolos, y á sus piés el pueblo, idólatra de todos, en actitud de adoracion perpétua.

Roma, que es la sede propia de la prudencia, al mismo tiempo que de la verdad y de la justicia, esperará las solicitudes de la piedad que entregada á sí misma, las hace en sentido diverso; y sólo Dios, que preside al gran movimiento de la historia, permitirá á la sombra crecer, hasta que, resaltando suficientemente la luz, logre el contraste definitivo. Cuando veamos el cuadro en su verdadero punto de vista, admiraremos la sabiduría del autor y cómo se someterian á su éxito sus, al parecer, más discordantes adversarios. La imantacion del sér hácia el norte de su finalidad no varía, á pesar de las más extrañas desviaciones que aparezcan en cada una de las agujas imantadas. No de otro modo, y salvo siempre la libertad, ruedan y chocan entre sí las bolas de marfil al impulso del taco del jugador hiriendo las bandas de la mesa de billar para producir la apetecida carambola.

Entonces, si no antes, podremos comprender por qué al enemigo implacable, feroz, de Dios, del alma y de la vida futura, el envenenador público de tantas generaciones le dejó su padre sin bautizar, para recibir á la hora de la muerte, con el bautismo, el perdón de la pena y la culpa de todos sus pecados en cambio del más solemne mentís á las negaciones científicas del positivismo materialista y ateo.

Entonces podremos averiguar el rumbo desconocido que toma con la guerra civil de Irlanda el navío almirante inglés, anclado hasta ahora, á pesar de la universal tormenta, en las aguas de la tradición con el áncora del egoísmo.

Entonces podremos apreciar en toda su importancia y trascendencia el movimiento que la alianza de los tres imperios, y su al parecer, aunque lenta, progresiva reconciliación con los intereses espirituales de Roma, imprimen á la política del mundo.

Y acaso registraremos, en fecha no remota, la catástrofe final de Francia, en que cierre su ciclo revolucionario la patria de Voltaire, mientras los tesoros de piedad, de virtudes y de saber, dispersos por el huracán de sus pasiones enriquecen unos y otros países, abiertos por la mano de Dios como puertos de salvación á los precitados restos de tan riquísimo naufragio.

Y de la misma manera con que ahora se descubren los pormenores del misterio de iniquidad que supone la tragedia de Abdul-Aziz, descubriremos el detalle de tantos otros misterios que pasan erradamente ante la historia con toda la prosopopeya que da la santidad de la cosa juzgada.

Entonces veremos qué papel ha jugado en la propagación de la obra la disolución del Parlamento de Portugal, el ódio creciente de los partidos de Italia contra Francia, la agitación que de Túnez se ha trasladado á la Argelia, las predicciones fatídicas de Mr. Parnell en el seno del Parlamento británico, las intimaciones novísimas de los nihilistas al Czar, y las pruebas de la gran corrupción gubernamental de los Estados-Unidos, en que hasta el Presidente Garfield aparece complicado en.... *irregularidades*.

Veremos asimismo el efecto de esos revulsivos religiosos, sociales y políticos que permite la misericordia de Dios, á pesar de los llamamientos á su ira, los proyectos de ley, discursos y ordenanzas de los procónsules franceses contra todos los atributos, las instituciones y las personas de la religión, la brutal profanación de las tumbas de Thiers y de Littré por el salvaje furor de la radicalería francesa que las cubre de piedras, de lodo y de sarcasmos, ó las convierte en tribunas, en que insulta á la piedad y al dolor de sus familias desconsoladas; las carnicerías y matanzas de los judíos en la Rusia meridional, y las odiosas tentativas de los nihilistas en el gran imperio, y de los fenianos en la gran república para resolver todos los problemas sociales con el criterio de la dinamita y demás materias explosivas que, como agentes brutales de incondicional destrucción, son los verdaderos apóstoles del advenimiento de la nada, el dios de las filosofías inconscientes y pesimistas, última evolución de aquel audaz racionalismo que, ofreciendo al hombre todos los bienes como señor dios de todo, acaba por señalarse la nada como su origen y como su porvenir. Y quizá, quizá, veamos el futuro desarrollo y grandeza de esta humilde y contrariada idea de la Unión Católica, nacida entre las tristezas de la edad presente, como apretado haz de dispersos sobre el techo del arca santa en la hora solemne del diluvio.

Quizá la veamos crecer, prosperar, llenar la tierra, servir de signo de reunión y de concordia á todos los católicos diseminados por unos y otros campos, colocar las fuerzas católicas en orden de batalla con-

tra la impiedad, organizar el futuro servicio de la Iglesia, despojada por segunda vez de la mezquina compensacion de sus bienes arrebatados, y dar á los representantes de los intereses religiosos ancho campo al amparo de toda legalidad, para reclamar, con sus títulos de ciudadanos, sus derechos, ó morir como mártires por Jesucristo á los pies del verdugo, que no los degüella como traidores, sino por cristianos. Entonces nuestras amarguras de ahora se trocarán en dulzuras y en alegrías y consuelos, y se inclinarán de confusion las frentes de los que contra toda prudencia y caridad y sin cesar nos hostilizan.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

MISCELÁNEA.

EL BRINDIS DE MENENDEZ PELAYO.

Le conocen seguramente la mayor parte, si no todos nuestros lectores: tal ha sido su excepcional importancia; aquí, donde todo se olvida con pasmosa facilidad, todavía se comenta con desusado ardor el brindis en cuestion, con el cual mostró nuestro amigo que, además de ser un sabio de buena ley, mal que pese á sus desdichados detractores, es un carácter. Las censuras de que ha sido objeto Menendez Pelayo, con motivo de su discurso, por parte de la prensa liberal, no han debido inspirarle más que profundísima compasion, que no otra cosa merecen los ahullidos de la envidia. Cuantos hayan comprendido el carácter que se ha querido dar á las pasadas fiestas del Centenario; cuantos estén al corriente del discurso que en el Escorial pronunció un portugués, de cuyo nombre no queremos acordarnos; cuantos paren mientes en el subido color progresista que tomó á la hora de los brindis el famoso banquete celebrado por los catedráticos en el Retiro, se explicarán que, instado á hablar Menendez Pelayo, lo hiciese en estos elocuentísimos términos:

«Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes, me obligan á tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora; por las grandes ideas que fueron alma é inspiracion de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del renacimiento abrió á los castellanos las vírgenes selvas de América, y á los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica que es el *substratum*, la esencia y lo más grande, y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

»Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que durante el siglo XVI vivió de un modo cenobítico y austero; y brindo por la casa de Austria, que con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarios á los nuestros, se convirtió en portaestandarte de la Iglesia, en gonfaloneria de la Santa Sede durante toda aquella centuria.

»Brindo por la nacion española, amazona de la raza latina, de la cual fué escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregacion y de herejía que separó de nosotros á las razas septentrionales.

»Brindo por el municipio español, hijo glorioso del municio romano y expresion de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderon sublimó hasta las alturas del arte en *El alcalde de Zalamea*, y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

»En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos

que Calderon ha traído al arte; sentimientos é ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos nosotros los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razon, y justicia, y derecho podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia, del poeta de todas las intolerancias é intransigencias católicas, del poeta teólogo, del poeta *inquisitorial*, á quien nosotros aplaudimos, y festejamos, y bendecimos, y á quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más ó ménos *liberales* que, en nombre de la unidad centralista á la francesa, han ahogado y destruido la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la casa de Borbon, y luego por los Gobiernos revolucionarios de este siglo.

»Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al Centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco, y que poco habrán de agradar á tan cristiano poeta como Calderon si levantase la cabeza.

»Y ya que me he levantado, y que no es ocasion de traer á esta reunion fraternal nuestros rencores y divisiones de fuera, brindo por los catedráticos lusitanos que han venido á honrar con su presencia esta fiesta, y á quienes miro, y debemos mirar todos, como hermanos, por lo mismo que hablan una lengua *española*, y que pertenecen á la raza *española*, y no digo *ibérica* porque estos vocablos de *iberismo* y de *unidad ibérica* tienen no sé qué mal sabor progresista. (*Murmullos.*) Sí: *española*, lo repito, que españoles llamó siempre á los portugueses Camoens, y aun en nuestros días Almeida-Garret en las notas de su poema *Camoens*, afirmó que españoles somos, y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península Ibérica.

»Y brindo, en suma, por todos los catedráticos aquí presentes, representantes de las diversas naciones latinas que, como arroyos, han venido á mezclarse en el grande Océano de nuestra gente romana».

El efecto que causarían estas hermosas palabras en aquel auditorio casi en su totalidad racionalista, imagineselo el pio lector; pero todo ello fué descolorido y pobre, si se compara con la lluvia de denuestos y groserías con que ciertas gentes han regalado los oídos de nuestro ilustre amigo. La verdad es á las veces muy amarga; y lo cierto es que fué muy cruel el Sr. Menendez propinando una dosis de acíbar á los dulces y melifluos comensales que habian oído, como quien oye llover, brindar por el grotesco Presidente del Consejo de Ministros en Francia Mr. Ferry, cuya única hazaña es ¡oh heroísmo! la de haber mandado quitar los Crucifijos de las escuelas, ni más ni ménos que si se tratara de trastos viejos. Ante la polvareda que armaron los revolucionarios, zahiriendo despiadadamente á nuestro amigo, no podia permanecer impasible la parte sensata del país. Así que, desde el punto y hora en que el brándis fué conocido, comenzaron á llover sobre Menendez calurosas felicitaciones de todos los puntos de España. Innumerables ha recibido aquí en Madrid. La Union Católica, que se ufana con tener en su seno al jóven académico, creyóse obligada á dar público solemne testimonio de lo bien que éste interpretó las ideas y sentimientos de la Asociacion en el banquete de profesores; porque, como decia perfectamente el Conde de Canga-Argüelles en la sesion que se verificó en el *Círculo Católico* el día 3 del corriente, «allí donde se presenta Marcelino Menendez Pelayo á hacer una profesion de fé cristiana, allí está acompañado con alma y vida por la *Union Católica*.» En dicha sesion, y á propuesta del Conde, se cubrió de firmas la siguiente proposicion:

«La Union Católica se adhiere con entusiasmo á los principios, ideas y sentimientos expresados por el Sr. Menendez Pelayo en el

brindis que pronunció en el banquete de los catedráticos con motivo del Centenario de Calderon.

»Reunido el Círculo en sesion extraordinaria, acuerda por unanimidad consignarlo así públicamente, para dar al Sr. Menendez Pelayo solemne testimonio de profunda simpatía, admiracion y reconocimiento.»

Acto continuo (copiamos ahora al excelente periódico *El Fenix*), el Sr. Pidal (D. Alejandro), á fin de demostrar que las ideas vertidas en el brindis por el sabio catedrático se hallaban ya expresa y extensamente contenidas en sus anteriores escritos, leyó una concluyente y admirablemente escrita disertacion sobre la polémica sostenida con maravilla de todos los sabios, contra los Sres. Azcárate, Salmeron, Revilla y Perojo por el Sr. Menendez Pelayo, cuando apenas contaba diez y siete años: polémica en que quedó ámplia y satisfactoriamente vengada la ciencia española de las detracciones de la ignorancia.

En esto entró en el Círculo el que era objeto de aquella manifestacion. Todos los concurrentes se pusieron en pié, rompiendo en aplausos que se prolongaron por dos ó tres minutos. El Sr. Menendez Pelayo, conmovido por aquella espontánea ovacion, dictada por la admiracion y la gratitud; el Sr. Menendez Pelayo, que tiene demasiado talento y demasiada ciencia para ser vano, tomó la palabra con voz sofocada por la emocion, y parece como que quiso excusarse de un acto que será para él un timbre de gloria, como lo es para todos los que profesamos culto á Dios, á la patria y á la verdadera ciencia.

Lean nuestros lectores su discurso, que hemos tomado como nos ha sido posible, y admíren, al mismo tiempo que la doctrina, el tacto y la suma discrecion de sus palabras. Es rarísimo que Dios se complazca en reunir en una sola inteligencia tal conjunto de cualidades, ni que haya adunado tan maravilloso caudal de conocimientos á un juicio tan sólido.

Juzguen nuestros lectores por la muestra:

«Señores: No hallo términos con que expresar á la Union Católica la gratitud que siento al ver el franco, noble y espontáneo entusiasmo con que se ha asociado á un acto mio, que, con valer poco en sí, ha tenido inusitada resonancia, y me está valiendo estos dias la animadversion, el encono y las más feroces detracciones de los revolucionarios de todos colores. No quiero repetir la historia, puesto que todos la sabeis. ¿Ni qué mérito contraje en hacer lo que hice? ¿No es deber de todo católico confesar públicamente *coram hominibus* su fe, en viéndola atacada? ¿Quién de vosotros no hubiera hecho lo mismo, con igual ó mayor energia, y con una elocuencia de que yo carezco?»

»Imaginaos una reunion en su mayor parte hostil á todo lo que sentimos y creemos, libre-pensadora y racionalista en gran parte.

»Tened presente el espíritu que allí reinaba de libertad del pensamiento, de emancipacion de la razon, unido al insensato empeño de *sumar* ideas heterogéneas y contradictorias. Recordad que hubo quien osó (sin protesta de nadie) brindar por Julio Ferry, el autor de las leyes de instruccion anticatólicas, el perseguidor de las comunidades religiosas en Francia, el sacrilego debelador de crucifijos.

»¿Quién de vosotros, provocado á hablar en tal ocasion, hubiera dejado de hacerlo? ¿Quién de vosotros, ya tomada la palabra, hubiera dejado de hablar como yo hablé, ensalzando todas las grandes ideas del siglo de Calderon, y volviendo por la honra del gran poeta que servia de pretexto á tales profanaciones? ¿Quién hubiese dejado de acentuar más y más las frases recias y aun ásperas de su discurso, á medida que se hacian más violentos los murmullos, las interrupciones y las muestras de desaprobacion?»

»Espectáculo hermoso es el que esta noche me ofrece la Union Católica, adhiriéndose tan de corazón á mi brindis, á despecho de las cuestiones incidentales que pueden separarnos en materias opinables. Todos estais conformes conmigo en la proclamacion de la unidad católica, que hizo nuestra grandeza en el siglo de oro. Todos lo estais en la glorificacion de la España antigua, y en que sus principios santos y salvadores tornen á informar la España moderna. Por algo nos llamamos «Union Católica».

»Bastan vuestro cariño y vuestra simpatía á hacerme olvidar del todo la lluvia de dicterios, injurias y menosprecios de todo género con que estos dias me ha regalado la prensa periódica que alardea de liberal y de tolerante. Desde los más conservadores hasta los más radicales, pocos ó ninguno han dejado de tirar su piedra contra mí.

»Si no temiera pecar de soberbio, os diria que esas injurias me animan y hasta me enorgullecen. Pero, como católico, os diré sólo que perdono de todo corazón á sus autores, y entiendo que nacen sus ataques más bien de extravío del entendimiento cegado por falsas doctrinas que de malicia de voluntad, y que más bien que á mi persona, oscura é insignificante, se dirigen á la santa verdad, de la cual he sido indigno intérprete en esta ocasion.

»¿Y qué otra fuerza que la de la verdad pudo obligarme á hablar y á desafiar tales iras, cuando todos sabeis que yo, por mis condiciones físicas, nada aptas para la oratoria, por la índole paciente y sosegada de mis estudios é investigaciones, y hasta por mi carácter, no busco desatentadamente el ruido, la notoriedad y el escándalo, y rara vez tomo la palabra en público?

»En suma, os doy las gracias por la simpatía cordialísima que me habeis manifestado, y os declaro que estoy satisfecho de haber hecho lo que hice, con la satisfaccion que produce el deber cumplido, y que confirmo y ratifico en todas sus partes el brindis, cuyas idas capitales habia yo expuesto antes muchas veces, sobre todo en *La Ciencia Española* y en la *Historia de los heterodoxos*.

Excusado es decir que el orador era interrumpido á cada momento por calurosas y entusiastas muestras de asentimiento, de aprobacion, de adhesion verdadera.

El público pidió que se leyera el brindis, y el Sr. Pidal (D. Alejandro), admirador convencido del portentoso jóven, leyó el que ya conocen nuestros lectores.

El Sr. Godró pronunció tambien calurosas frases encaminadas á que no firmasen sólo la felicitacion los miembros de la Junta directiva, sino todos los presentes, diciendo con este motivo, que Menendez Pelayo «habia rescatado á Calderon del poder de los infieles».

Se necesitaba todo el prestigio de que goza el nombre del Sr. Selgas para llevar la atencion del público hácia otras ideas; pero nuestro amigo supo deleitarla con el precioso é ingeniosísimo romance *A un avaro*.

Concluyó agradabilísimamente esta memorable velada con escogidas composiciones musicales, cantadas con maestría por los Sres. Godró y Saez, y acompañadas al piano por el Sr. D. Nicolás Martínez.

Tambien tuvimos el gusto de oír á un *dilettante* distinguido, al Señor D. Arturo Zaragoza, socio del Círculo, que posee una voz de bajo admirable, y que cantó con sumo gusto un duo de la *Favorita* con el Sr. Godró, y la conocida y difícil aria de bajo de *Lucrecia*.

Réstanos decir que, por iniciativa de los Sres. Torres (D. Emilio) y Barsi, se abrió una suscripcion con objeto de hacer un regalo al Sr. Menendez Pelayo, que le sea para mientras viva testimonio de los sentimientos que ha despertado en todos los corazones católicos y amantes de las glorias de su patria, su generosa accion.

Este pensamiento, como no podia ménos de suceder, ha sido acogido con verdadero entusiasmo, y se están ya recogiendo firmas y cantidades para su realizacion, que se desea llevar á cabo brevemente.

Daremos publicidad oportunamente á la lista de los donantes, y de los donativos en la que tendremos por honra singular incluirnos. Aquellos de nuestros lectores que quieran tomar parte en ella, pueden enviar sus nombres y donativos á la administracion de *El Fénix* ó á la secretaria del Círculo de la Union Católica, calle de Fuencarral, número 2, segundo derecha.

Por este relato juzgarán nuestros lectores cuán sabrosa é importante fué la sesion celebrada en el *Círculo Católico*. Ya podia estar seguro nuestro ilustre amigo de que su célebre discurso era aplaudido y patrocinado por los buenos, pero vino otro testimonio á poner el sello definitivo á la cuestion.

Léase este hermosísimo documento:

«*Obispado de Santander.*

»Autorizado por numerosos fieles y Sacerdotes de esta ciudad, ilustre y religiosa patria de V., é interpretando los deseos de los católicos de esta diócesis, cumpro, como Prelado de la misma, en nombre de aquellos y por mí, el que todos consideramos gratísimo deber de dirigir á V. la más entusiasta felicitacion por su magnífico brindis en el convite de catedráticos extranjeros y españoles, que tuvo lugar en esa corte en 30 del mes próximo anterior, con motivo del Centenario del insigne poeta D. Pedro Calderon de la Barca.

»Después de los piadosos sufragios por el alma de este, el oportuno brindis de V. ha parecido á los que tengo la satisfaccion de representar en esta ocasion, lo mejor, sin ofensa de nadie, de cuanto en las recientes pasadas fiestas del Centenario se ha dicho y hecho en honra del príncipe de nuestra escena. Porque ese brindis es valerosísima profesion de fe católica, hecha á la faz del mundo, ante numerosa y respetable asamblea de doctos maestros, contra el naturalismo racionalista y positivista, que, por medio de semi-paganas solemnidades, tiende á reemplazar el religioso culto de los Santos con el civil de los sabios. Es tambien enérgica vindicacion para el Catolicismo, de la gloria tributada en el Centenario por todas las naciones cultas al poeta que se inspiró en los sublimes dogmas y santísimos preceptos de la Religion única verdadera, y que fue, por esto, calificado de inquisitorial por los protestantes. Es, además, satisfactoria explicacion de por qué y hasta dónde han tenido los católicos el deber de intervenir en el Centenario de Calderon, si no habian de dejarse cándidamente arrebatar una gloria que tan peculiar y justamente les corresponde. Y es, en fin, testimonio de la verdadera ciencia, de que á la sazón es V. en el mundo uno de los más ilustres representantes, se compeadece con la fe, no excluye la verdadera libertad y es poderosa para sobreponerse dignamente á las patrañas de las sectas y á la vana garrulería de la mala prensa.

»Sírvasse V., pues, aceptar, con ocasion de ese elocuente brindis, la más cordial enhorabuena y el testimonio del entusiasta afecto y respetuosa admiracion de sus paisanos, los católicos de esta diócesis. Y cuente V. con que todos estos, y especialmente su indigno Prelado, pedirán sin cesar al Dios de las ciencias que, al modo que le plugo dar á V., como á Salomon, *sapientiam multam nimis*, así tambien le tenga siempre de su mano, para que ni los ataques le intimiden, ni los aplausos le disipen, sino que, rigiéndose por la hermosa regla de

San Pablo, *no más saber que lo que conviene, y esto con sobriedad*, emplee su casi angélico talento y milagrosa ciencia, honra uno y otra de Santander, de España y aun del mundo, en conocer á Dios como seguro medio de adelantar más cada día *en la supereminente ciencia del amor de Cristo, la cual nunca fenecer, aunque se acaben las profecias y cesen las lenguas y sean destruidas las otras ciencias.*

»Dios guarde á V. muchos años. Santander 2 de Junio de 1881.—VICENTE, † *Obispo de Santander.*

»Sr. Dr. D. Marcelino Menendez Pelayo, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Española de la Lengua».

Otro Príncipe de la Iglesia (habla *El Fénix*), el Sr. Obispo de Leon, nos ha encargado ayer expresamente que hiciéramos pública su conformidad completa con la consoladora carta que acabamos de tener la honra de poner á la vista de nuestros lectores.

Vamos á transcribir sus mismas palabras:

«No conozco desde que tengo memoria, y gracias á Dios la tengo muy buena, acto más hermoso en su género y más completo que el que acaba de realizar el Sr. Menendez Pelayo. Así es que mi primer cuidado en cuanto llegué á Madrid, ha sido el ir á darle un abrazo y á felicitarle, y á felicitarle por el día de gozo que ha dado á la Iglesia y á la verdadera España. Deseo que hagan Vds. pública esta manifestación de mis sentimientos, y mi absoluta conformidad con los términos y el espíritu de la carta de mi amado hermano de Santander».

Este, como se ve, es asunto definitivamente juzgado. Hasta la vista, bienaventurados liberales.

Continúan deleitándose y regocijándose los socios del *Círculo Católico* con las veladas que en él se verifican. La del viernes 10 del actual no pudo ser más interesante: tomaron parte en ella los Sres. Fernandez Guerra, Gomez, Galindo, Liniers, cuyos nombres hacen superflua toda alabanza. En la tarde del domingo siguiente escuchamos de nuevo la palabra dulce y siempre autorizada del ilustre Sr. Obispo de Leon, y un hermoso trabajo sobre la gravísima cuestion de enseñanza, debido á la pluma de nuestro ilustre colaborador el R. P. Martinez Vigil, hijo distinguido de la gran familia Dominicana.

HARMONÍA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

ENSAYO ESCRITO

POR EL P. MIGUEL MIR, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

En la seccion bibliográfica se dice algo acerca del mérito altísimo de este libro. En honor de la verdad, á pesar de los desaguisados del Marqués de Guadiaro y de la Academia de Ciencias morales y políticas á propósito del concurso promovido por aquel para refutar la celebrada obra de Draper, hay que mostrarles gratitud, porque fueron causa del regocijo que al publicarse el áureo libro del P. Mir han experimentado los amantes de la bella literatura. Como no sea nuestra intencion la de examinar este *Ensayo* (así le llama el Padre, con desusada modestia), nos limitamos á trasladar íntegro á nuestra REVISTA el prospecto que le acompaña, rogando encarecidamente al lector que lo lea con detenimiento, pues por varios conceptos es de veras expresivo y elocuente: dicte despues sentencia, y cierto que no arrendamos la ganancia ni al Marqués, ni á la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

Dice así:

«Esta obra, presentada al concurso promovido por el Sr. Marqués de Guadiaro para premiar una Memoria sobre el tema: *demonstracion de que entre la Religion y la ciencia no pueden existir conflictos*, fué una de las premiadas; mas habiendo pasado cosas gravísimas entre el promotor del certámen y la Academia de Ciencias morales y políticas, encargada de llevar adelante aquel pensamiento, el autor se creyó en el deber de renunciar la distincion que la Academia habia determinado concederle.

»Cuando en Julio de 1878 la Academia publicó el programa donde constaban las leyes que regirian para el certámen, estableció que no habia de haber más que un *premio*; y si este no pudiera concederse, un *accesit*; de suerte que cualquiera que fuese la resolucion de la Academia, ésta no podia premiar más que una obra ni revelar más que un nombre: el del autor de la Memoria que aventajase á las demás. Tal era tambien la intencion del promotor del concurso: premiar una sola obra, que impresa y divulgada por él, lograrse contrarrestar el mal efecto causado por otro libro, al cual la Revolucion habia dado boga extraordinaria. Esta era, en fin, la condicion aceptada implícitamente por los concurrentes al certámen, en el mero hecho de escribir y enviar sus Memorias á la Academia, y someterlas á su juicio y decision.

»A pesar de la claridad y sencillez de semejante ley, la Academia se creyó con derecho á traspasarla, presentando al Sr. Marqués de

Guadiaro, no una Memoria, como él pedia, sino cuatro; ninguna como *premio*, todas como *accésit*, y aun sin orden de mérito ó preferencia; caso raro y singular, que al paso que establecía una igualdad de todo punto imposible en lo más variable que hay en el mundo, como son las obras del ingenio, violaba esencialmente las condiciones del programa y cometía grave injusticia contra alguna de las Memorias presentadas, es á saber, contra la que por su doctrina, estilo ó elocuencia debiera ser preferida á las demás.

»Esta falta y violacion del programa habria podido tener algun remedio, si el Marqués de Guadiaro, protestando contra el acuerdo de la Academia, la hubiese obligado á reformar su dictámen, haciendo que le señalase auténtica y oficialmente la Memoria que debía ser objeto de su generosidad (á lo cual probablemente no se habria opuesto la Academia, pues que algunos de sus individuos, ya pública, ya privadamente, no tenían reparo en decirlo); ó caso que rehusase hacerlo dicha Corporacion, sometiéndole las Memorias á otro tribunal que cumpliera mejor las condiciones estipuladas en el programa. Esto habria debido hacerlo el Sr. Marqués de Guadiaro con tanto mayor empeño, cuanto que las obligaciones contraídas por él en el programa del concurso no eran precisamente con la Academia, cuerpo puramente consultivo para el caso, sino con los concurrentes, que habian gastado su tiempo, su ingenio y su dinero en un asunto que esperaban sería tratado con la formalidad exigida por la solemnidad del certámen extraordinario. No creyó deber obrar así el Marqués de Guadiaro, sino que recibida de la Academia la noticia del resultado del certámen, se limitó á decir que nada le ocurría exponer acerca de semejante resolución; y habiéndole preguntado la Academia si estaba dispuesto á costear la impresion de una de las Memorias presentadas, respondió que no; añadiendo últimamente que se creía desobligado de costear el *accésit* de que se habla en el artículo 5.º del programa, por no decirse allí quién debiera costear dicho *accésit*, si él ó la Academia, como si fuese necesario decirlo, habiendo el Marqués sido el promotor del certámen. Por fin, despues de varias comunicaciones pasadas entre la Academia y el Sr. Marqués, este tuvo á bien recoger los 30.000 reales depositados en la tesorería de la Academia, dejando á esta que saliera como pudiese del apuro y de los compromisos contraídos*.

»Sin querer averiguar las causas del proceder de la Academia y del Sr. Marqués de Guadiaro, el autor de esta obra entendió que por su parte no podia aprobar ni dar motivo para que nadie creyese que aprobaba lo que era considerado por muchos grave desconcierto y manifiesta injusticia, cualquiera que pudiera ser la persona contra quien se cometiese. Así, invitado á admitir la distincion que la Academia le habia otorgado, no acudió á recibirla, ántes envió la renuncia de ella y del beneficio de la impresion de su obra, que le era ofrecido. Con esto no fué su ánimo censurar en lo más mínimo el proceder de los otros señores que obraron de distinta manera que él, pues cada cual pudo mirar las cosas á su manera, y si el autor de esta Memoria creyó

* Todas estas cosas constan en los documentos oficiales publicados por el mismo Marqués de Guadiaro con este título: *Consecuencias del donativo destinado por el Marqués de Guadiaro, á un objeto útil y piadoso*.—Madrid: imprenta de Tello, 1880.—La Comision nombrada por la Academia de Ciencias morales para entender en el examen de las Memorias presentadas, se componia de los Sres. Alonso Martinez, Alvarez (D. Fernando), Carramolino, Colmeiro (D. Manuel), Gutierrez, La Fuente y Moreno Nieto. Los autores de las otras Memorias consideradas dignas de *accésit* fueron los Sres. Ortí y Lara, Rubió y Ors y Abdon de Paz.

tener razones para rehusar, ellos pudieron tenerlas para admitir la distincion que la Academia les habia querido conceder.

»Retirado á la Academia de Ciencias morales y políticas el derecho de imprimir esta obra, hoy sale á luz sin el patrocinio de aquel cuerpo científico; pero sustentada por el mérito indisputable que la avalora. No es necesario leer muchas páginas de este libro para convencerse de que su autor es insigne y consumado teólogo, filósofo profundísimo y escritor de soberano empuje, dueño de todos los primores y galas del idioma castellano. Enriquecido con el tesoro de la que llamó Cervantes reina y emperatriz de todas las ciencias, puede, como el águila, mirar frente á frente al sol de la sabiduría, investigar y conocer los móviles y causas de no poco número de cosas, explicar los puntos más difíciles y proceder constantemente con pié firme y seguro, sin deslizarse en frases ú opiniones aventuradas. Como filósofo, amamantado en las obras de los varones incomparables de nuestro siglo de oro, en los escritos de Suarez, Vazquez, Molina y otros mil, camina siempre alumbrado por la luz de la verdad, emulando en la grandeza de la concepcion, en la solidez del juicio, en la claridad de la frase, en el vigor persuasivo de la dialéctica, el mérito de aquellos ingenios admirables. Realzan todo ello los conocimientos grandes que el autor acopia de los últimos verdaderos progresos obtenidos en las ciencias naturales y exactas, los inesperados y fecundísimos descubrimientos en arqueología y lingüística, y por último, un estilo lleno de elegancia y donosura, que parece arrebatado á los dos maestros Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de Leon, y á la pléyade de hablistas que fueron gloria de España en el siglo XVI y XVII, y son hoy la admiracion del mundo.

»Esta que sale á pública luz era una de las obras presentadas al concurso que no se habian impreso todavía. El público tiene ya antecedentes del caso; posee las piezas del proceso; conoce el fallo irregular del inferior; tócale ahora, en última instancia, dictar sentencia definitiva; pues en la república de las letras esto incumbe á la asamblea prepotente de los hombres de clara inteligencia, de recto sentir, y de no interesable voluntad».

Esta obra, impresa con todo lujo, magnífico papel y tipos elegantísimos, se vende á 24 reales en Madrid y 26 en provincias, en las principales librerías. Los pedidos, acompañados de su importe, deben hacerse á la casa editorial de Riera, y á su representante en Madrid para esta obra, D. José del Ojo y Gomez, calle de Leganitos, núm. 18, piso segundo.

La Iglesia española viste luto por la muerte del Excmo. Sr. Arzobispo que fué de Valladolid, Fray Fernando Blanco, que pasó á mejor vida el dia 6 del corriente. Bien pueden aplicarse al Arzobispo difunto las palabras del Evangelio: *Pasó haciendo bien*, lo cual habrále servido para gozar de Dios en el cielo. No huelgan nunca, sin embargo, las oraciones dirigidas al Altísimo, y por esto pedimos á nuestros lectores que no olviden en las suyas al que fué príncipe dignísimo de la Iglesia.

Tambien ha muerto en Aldeanueva de la Vera (provincia de Cáceres) un excelente amigo nuestro, D. José Aparicio, persona muy apreciada en aquel país por sus raras prendas de carácter; y en este instante recibimos la triste noticia de que nuestro antiguo y querido amigo, el elocuentísimo orador católico D. Antonio María Godró, acaba de presenciar el fallecimiento de su virtuosa madre. Harto sabe el señor Godró que sus alegrías y sus penas no son para nosotros indiferentes; y bien ha de creer nuestro amigo, que sale del corazón el pésame que le enviamos.

Los suscritores á la REVISTA DE MADRID que hayan de salir fuera de la Corte durante el verano, y deseen recibir la REVISTA, sírvanse participarnos el punto donde fijen su residencia.

Observamos que varios periódicos de provincias trasladan á sus columnas los trabajos que ven la luz en nuestra REVISTA, y no dicen la procedencia de los mismos. Deseáramos que no se les quedase este dato en el tintero. *Suum cuique.*
